

OFRENDA

QUE LA GRATITUD PUBLICA CONSAGRA

AL BENEMERITO DR,

J. ELEUTERIO GONZALEZ.

con motivo de su regreso á esta Ciudad

DE EU VIAJE A NUEVA YORK,

EL 22 DE NOVIEMBRE DE 1883



TIP. DEL COMERCIO
A. LAGRANGE Y HERMANO
MONTEREY.

1884.

68
6
1

R468

.G6

04

C.1

927. E. Gonzalez



OFRENDA

QUE LA GRATITUD PUBLICA CONSAGRA

AL BENEMERITO DR.

J. ELEUTERIO GONZALEZ.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TIP. DEL COMERCIO
A. LA GRANGE Y HERMANOS

MONTEREY,

1884



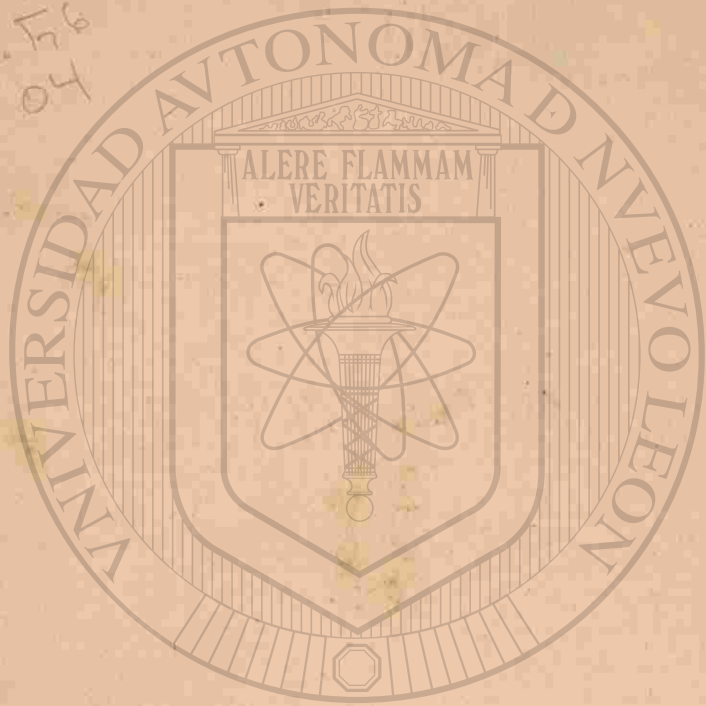
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

1237 A.



1080078814

R468
56
04



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PROLOGO.

Perpetuar la memoria de un acontecimiento, el más grato y el más trascendental quizá de cuantos registran los fastos neoleoneses; conservar para nuestros pósteros el recuerdo de fiestas sencillas, de humildes demostraciones, con que un pueblo, justo apreciador de las virtudes, significar quisiera su gratitud á un modesto sabio: tal ha sido el objeto de este libro.

En sus páginas hánse condensado todos los sentimientos que palpitaron, cuando, libre de enfermedad penosa, pudo el inolvidable Gonzalitos mirar de nuevo y saludar llorando el suelo de la Patria; y cuando los nuevoleoneses, libres tambien de inquietud de-

sesperante, pudieron recibir en su seno al mártir de la ciencia, por ella redimido, para bien y consuelo de la doliente humanidad.

Trascrita á un libro, la manifestacion aquella, tan espontánea, tan general y tan bella, no tendrá los vivísimos toques que la animaron en el momento dichoso, porque si faltan tonos á la palabra hablada, la expresion gráfica carece más aún de ciertos matices, que solo presta la realidad actual á escenas cuya grandiosidad palpan los sentidos y el corazón comprende; pero ni define la mente, ni humano lenguaje acierta á describir.

Impregnar estos renglones con la esencia purísima de la gratitud popular, bañándolos en olas serenas de impalpable llanto; reproducir en ellos conciertos inefables de suspiros y sonrisas, ecos de armoniosos cantos, y la voz del anciano que bendice y la de la doncella que murmura "salve" y la del niño que balbutea una palabra intraducible: iluminarlos con la luz de la dicha que embellece y colora y da la vida todo esto, imposible á la pobre inspiracion de los mortales, sería preciso, para dar prólogo digno á un libro como el presente, sentido y no meditado, escrito por individuos designados de antemano; pero concebido por un pueblo entero, dulcemente impresionado, primero por una noticia grata y luego por gratísimo espectáculo.

Tarea tal, lo repetimos, es á nuestras fuerzas superior y para nuestra pluma imposible; ciñámonos, pues, á manifestar que, sea cualquiera el juicio que se forme de las fiestas á que estas páginas se refieren, y cualquiera el mérito que se atribuya á las piezas literarias que hoy se coleccionan, unas y otras llenaron su objeto, toda vez que las primeras alcanzaron á tra-

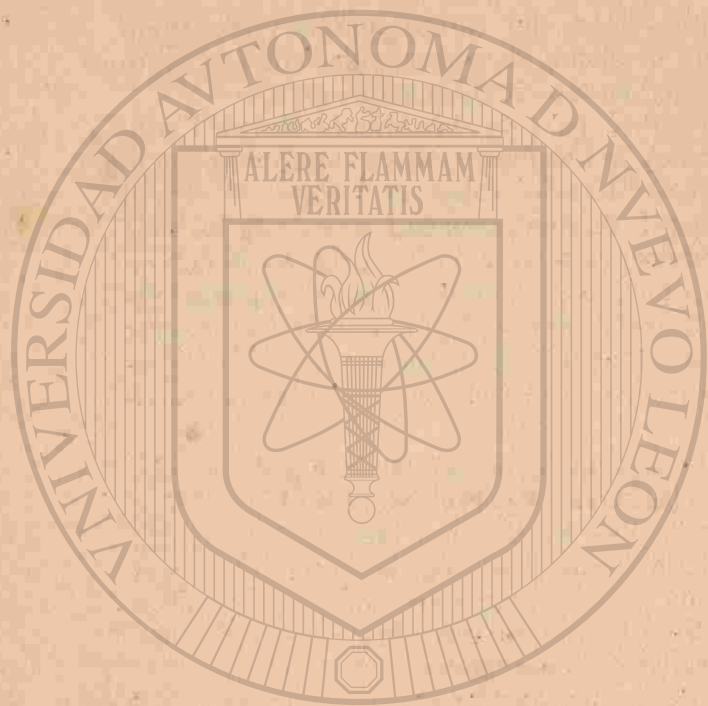
ducir la embriaguez del cariño popular y las segundas tuvieron la dicha de ser acogidas como el fruto propio de aquellos inolvidables momentos.

Añadamos que, para la historia de Nuevo Leon, el libro que hoy publicamos será un digno monumento, si no por su literario valer, sí porque él dice el progreso moral de una sociedad, que rinde los más sinceros homenajes á un hombre privado, á un ciudadano tan humilde y modesto como el que más; pero que se ha hecho admirar por su talento y querer con cariño inempañable, por sus servicios humanitarios, llevados mil veces hasta la heroicidad del sacrificio.

Los corazones templados en las luchas de la vida, las inteligencias rectas, y sobre todo, las almas que se gozan en hallar las huellas del bien en el funcionamiento de la humanidad, se detendrán contentos en esta página de la historia neoleonesa y encontrarán en este libro fuente no solo de gratos recuerdos, sino de consoladoras enseñanzas.

En cuanto á nuestros hijos, á la generacion que en el Estado nos sucederá mañana, y para la que especialmente lo publicamos, él será simple complemento de sus tradiciones de familia, ampliacion de las recitaciones humildes del hogar, y tendrá el mérito de referirse en todas sus páginas á escenas y palabras identificadas con la memoria querida de sus mayores.

Que la sociedad reciba cariñosa la obra que le ofrecemos, que el inolvidable Dr. Gonzalitos, en cuyo honor se han escrito las piezas que contiene, la acoja con benevolencia, y nuestras aspiraciones, como encargados por la Comision respectiva para formarla y dirigirla, quedarán satisfechas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡BIEN VENIDO SEA!

(DE "LA REVISTA.")

Singular maravilla la de las comunicaciones modernas!— Morse ha hecho hablar á las palancas y el telégrafo ha avasado todos los signos del universal lenguaje. Si el telescopio acerca á nuestra vista los lejanos astros, que se pierden en el negro océano de la noche, el telégrafo acerca á nuestro oído la palabra de los seres queridos, aunque se hallen éstos á distancias inmensas de nosotros, así sea al travez de elevadísimas montañas, á millares de leguas; así más allá de los extensos y dilatados mares, que son como los gigantes espejos de nuestro planeta.

El sonido de una de esas palancas, con que la creadora facultad de los inventos humanos une los más apartados pueblos en comunicacion íntima, despierta la pública alegría de esta ciudad transmitiendo con sus misteriosos golpes, que quirúrgica operacion, coronada de feliz éxito, había vuelto la luz á la antes apagada pila del Dr. Gonzalez.

Esta pública alegría, este general regocijo, reconocen por causa extraordinarias simpatías, que el tiempo ha transformado en particularísima adhesión entre las clases todas de esta sociedad á la respetable personalidad de Gonzalez. Y ya que el arribo de su persona ocupa la general atención, le perfilaremos aunque sea con los grandes y toscos rasgos de nuestra pluma.

Gonzalez ha sintetizado con sus individuales cualidades la personificación del médico, en su acepción más alta de caridad cristiana. Una irresistible vocación le llevó á los libros para inquirir la doctrina de otros hombres y cultivar en teoría su ideal inclinación á la ciencia de Hipócrates. Otra vocación semejante, la de servir á la humanidad que enferma el dolor ó que dañada materia infecciosa, le hizo tener un vasto campo de aplicaciones prácticas, en que sus ideales se transformaban, corporizándose, digamos así, en hechos clínicos. Su acierto sosteniéndose por millares de casos de esta naturaleza, el médico que se iba formando, por propia fuerza y propia inspiración, comenzó á dar á la ciencia y á la Moral Médica, desde las flores de su juvenil imaginación, hasta los maduros frutos de su anciano cerebro.

Sus labores profesionales con su incesante progreso, multiplicaban su particular aplicación; todos sus desvelos recibían merecida recompensa en la pública predilección con que se le distinguía.

En el hogar del pobre que lanzara tristes ayes de dolor; en el salón de aristocrática familia que lamentara los peligros en que estuviese alguno de sus miembros; en el taller del incansable obrero; en todo lugar, en que la doliente humanidad necesitaba del auxilio del médico, con aquella solicitud que le caracteriza, con aquella bondad, hija de la paz de su espíritu y de la nobleza de su corazón, allí se le miraba como cumpliendo apostólica misión sobre la tierra.

Nadie podrá alegrarle á Gonzalez un título que como el suyo, más honre y enaltezca más. Nosotros somos Médicos porque así lo reza nuestro oficial diploma; pero él, sin estos oficiales timbres, tendría en una sociedad que con ese honroso título lo aclama. Inspirado en sus triunfos, alentado por su posición, que á fuerza de talento se formara, sostenido en sus altos propósitos por su influencia sobre los Supremos Poderes del Estado, Gonzalez concentra todas las fuerzas de su espíritu, se rodea de personas de

buen voluntad para que le ayuden, y crea la Facultad Médica de esta Ciudad.

Más en qué circunstancias su genio creador desarrolló proyecto tan grande, proyecto tan sublime! Extrangera guerra ocupaba de lleno la atención del Estado; el tesoro de éste sufría con ella quebrantos inesperados; para la energía de esa concepción que preparaba al Estado y á la Ciencia, gloria y grandísimo provecho arrebató los ánimos de los que buenos y leales mexicanos, daban á la gloria de su patria y á la de la Ciencia, á una, el contingente de su sangre, á la otra, el contingente de su espíritu. Varias son las generaciones de estudiantes que pueblan, médicos formados ya, los tres Estados de Tamaulipas, Coahuila y Nuevo-León.

El presupuesto, aterrador fantasma de los que necesitan al *Júpiter Dinero* para sostener en el tiempo y en el espacio el desarrollo de capitalísimos problemas, no fué un obstáculo; la ciencia en nuestra patria, dirémoslo con orgullo, tiene entre sus hijos apostólicos adeptos.

Quedó erigida la Cátedra en que debiera formarse, amoldándola á los serios principios de la Ciencia, la futura generación de estudiantes. La palabra del Profesor tenía en sus oyentes, mundo en que vogar como esa singular semilla á la que la Naturaleza dá en sus filamentos de seda, alas que ha de mover el aire para fijarla en remotas y variadas tierras. Pero faltaba el material teatro, en que la punta del escalpelo, cobra, digamos así, el hilo de Ariadna, para llevar á la humana inteligencia hasta el centro de ese laberinto que forman los misterios de nuestra propia vida, los misterios de nuestro organismo... faltaba para los principios de la ciencia teórica, la clínica, teatro para las aplicaciones teórico-patológicas; y la anatomía, teatro de las problemáticas inquisiciones con que se engrandece la ciencia. Todo esto fué creado, en concepciones, en el espíritu de Gonzalez; todo desarrollado, en la práctica por su incansable espíritu. Ayudado de evangélico ministro del P. Garza Cantú, se procuraron particularmente óbolos tantos, que el Hospital, que era un quimérico proyecto, llegó á ser valiosísima realidad.

Consagróse de lleno al profesorado; con afán inaudito, hace resonar su palabra en la cátedra de Medicina, en la cátedra de Historia, en la cátedra de Literatura.—Parece que su genio dormía

con sus latentes facultades y que, ciertas circunstancias cumplidas, habian despertado maestra al que no habia sido discípulo en la materia que enseñaba.

Cuando Gonzalez dejaba las fronteras de su patria dejó en suspenso el ánimo de todo un pueblo, que entre temores y esperanzas sentia latir su corazón. El se iba á colocar en arriesgadísima circunstancia; una operacion desgraciada le habia hecho perder para siempre uno de sus ojos, y, resuelto, repedia á la ciencia oculistica en extranjera tierra le concediera sus gracias y favores. Pidió luz para su pupila y la luz le fué dada; cesaron las sombras que encarcelaban la luz de su espíritu, y que atenaceaban su corazón con dolor intensísimo. Y ha sido este acontecimiento, notable por mil títulos, el que ha hecho tornar al Estado su benemérito hijo; á la juventud, su nobilísimo mentor; y á la humanidad doliente, su protector incansable.

El pueblo por espontáneos impulsos llena los afueras de la ciudad, sus calles y sus plazas, para recibir á uno de sus grandes y pacíficos ciudadanos. Su alegría no es aquella feroz alegría que enzalce á los que se exaltan sobre los demás, sin más méritos que el de ser afortunados imitadores de sus semejantes. Tampoco aquella alegría que anima los mímicos gestos de la adulacion; Gonzalez no se recibe ni como á político militar, ni como á político diplomático; es él, únicamente el médico de un pueblo á quien el mismo pueblo muestra con su júbilo, sincero y profundo sentimiento de gratitud.

¡Feliz mil veces el pueblo que tiene en su seno hijos que le procuran orgullosa satisfaccion por sus virtudes. Más feliz, mil veces tambien, el hombre que, identificado con su pueblo, le merece todas sus respetuosas simpatías!.....

¡Bien venido sea.....!

J. MARTINEZ ANCIRA.

I.

El regreso del Doctor Gonzalez.

Jamas habíamos sentido nuestra posicion de cronistas tan difícil para nuestra débil pluma. Al vuelo hemos recogido algunos datos á la manera con que lo hacen todos los *reporters*; pero nosotros no hemos podido tener para relatar el regreso del Dr. Gonzalez, esa frialdad habitual del que recoge datos y noticias sobre cosas ó personas, sin interesarse en ello más que la exigencia de una obligacion. Para nosotros, que hemos sido testigos oculares de lo que ha pasado al Dr. Gonzalez en su regreso á México, por actos inconscientes de nuestra voluntad, trasmitimos á nuestra pluma el tierno calor de las íntimas emociones que experimentara nuestro corazón en aquellos momentos.

El miércoles último, hallábase reunida muy temprano, en la margen derecha del Bravo, en Nuevo Laredo, la numerosa comitiva el día anterior salida de esta capital para ir á llevar las felicitaciones de todas las clases sociales de Monterey al Benemérito Dr. José Eleuterio Gonzalez, al momento de volver á pisar el suelo patrio y para acompañarle hasta esta ciudad, donde se le preparaba la más espontánea y la más cordial ovacion.

Parecia que la naturaleza preparaba tambien sus galas, celebrando el feliz regreso del ilustre Mexicano que volvia á su patria.

con sus latentes facultades y que, ciertas circunstancias cumplidas, habian despertado maestra al que no habia sido discípulo en la materia que enseñaba.

Cuando Gonzalez dejaba las fronteras de su patria dejó en suspenso el ánimo de todo un pueblo, que entre temores y esperanzas sentia latir su corazón. El se iba á colocar en arriesgadísima circunstancia; una operacion desgraciada le habia hecho perder para siempre uno de sus ojos, y, resuelto, repedia á la ciencia oculística en extranjera tierra le concediera sus gracias y favores. Pidió luz para su pupila y la luz le fué dada; cesaron las sombras que encarcelaban la luz de su espíritu, y que atenaceaban su corazón con dolor intensísimo. Y ha sido este acontecimiento, notable por mil títulos, el que ha hecho tornar al Estado su benemérito hijo; á la juventud, su nobilísimo mentor; y á la humanidad doliente, su protector incansable.

El pueblo por espontáneos impulsos llena los afueras de la ciudad, sus calles y sus plazas, para recibir á uno de sus grandes y pacíficos ciudadanos. Su alegría no es aquella feroz alegría que enzalce á los que se exaltan sobre los demás, sin más méritos que el de ser afortunados imitadores de sus semejantes. Tampoco aquella alegría que anima los mímicos gestos de la adulacion; Gonzalez no se recibe ni como á político militar, ni como á político diplomático; es él, únicamente el médico de un pueblo á quien el mismo pueblo muestra con su júbilo, sincero y profundo sentimiento de gratitud.

¡Feliz mil veces el pueblo que tiene en su seno hijos que le procuran orgullosa satisfaccion por sus virtudes. Más feliz, mil veces tambien, el hombre que, identificado con su pueblo, le merece todas sus respetuosas simpatías!.....

¡Bien venido sea.....!

J. MARTINEZ ANCIRA.

I.

El regreso del Doctor Gonzalez.

Jamás habíamos sentido nuestra posicion de cronistas tan difícil para nuestra débil pluma. Al vuelo hemos recogido algunos datos á la manera con que lo hacen todos los *reporters*; pero nosotros no hemos podido tener para relatar el regreso del Dr. Gonzalez, esa frialdad habitual del que recoge datos y noticias sobre cosas ó personas, sin interesarse en ello más que la exigencia de una obligacion. Para nosotros, que hemos sido testigos oculares de lo que ha pasado al Dr. Gonzalez en su regreso á México, por actos inconscientes de nuestra voluntad, trasmitimos á nuestra pluma el tierno calor de las íntimas emociones que experimentara nuestro corazón en aquellos momentos.

El miércoles último, hallábase reunida muy temprano, en la margen derecha del Bravo, en Nuevo Laredo, la numerosa comitiva el día anterior salida de esta capital para ir á llevar las felicitaciones de todas las clases sociales de Monterey al Benemérito Dr. José Eleuterio Gonzalez, al momento de volver á pisar el suelo patrio y para acompañarle hasta esta ciudad, donde se le preparaba la más espontánea y la más cordial ovacion.

Parecia que la naturaleza preparaba tambien sus galas, celebrando el feliz regreso del ilustre Mexicano que volvia á su patria.

Una vaporosa nube de azulada niebla cubría cual misterioso, trasparente velo, la pequeña población del otro lado del Bravo. Eran las seis y media de la mañana, cuando una ligera lancha se desprendía de la opuesta ribera, como salida de entre las golas de aquella matinal neblina. El silencio de la naturaleza concordaba con el silencio de los tripulantes. En la ribera mexicana, permanecían en pie más de ciento cincuenta personas, en su mayor parte de esta capital, que silenciosas también y profundamente conmovidas, fijan sus miradas sobre aquella lancha, esperaban con inquietud vivísima el arribo al su- lo mexicano de aquel que, protector y maestro, de aquel, que padre cariñoso, digamos así, ha podido enseñorearse de todos los corazones de esta frontera, siendo el objeto de las más sagradas y puras simpatías.

Apénas hiende la lancha las aguas mexicanas, cuando el acento de nuestro himno nacional, rompiendo el silencio de la naturaleza, lleva a los oídos del Dr. González los armoniosos conciertos de la patria, que participe de su dicha, abe sus maternales brazos para recibirle. La música enmudece y también permanecen mudos todos los que allí presentes le esperaban. Pisó el suelo mexicano y el corazón solo pudo hablar con indecible ternura dirigiéndose á él, como se dirigieron todos, con los brazos abiertos y los ojos arrasados de lágrimas.

Jamás habíamos sentido esa vida de emociones íntimas con que el corazón endulza nuestra dolorosa existencia.

* * *

A momento seguido, después de haber recibido los cordiales abrazos de sus compatriotas, el Sr. Lic. Garza Ayala, en representación del Colegio de Abogados de esta ciudad, le dirigió un pequeño y elocuente discurso, con voz tan conmovida, que apenas le alcanzaron sus fuerzas para terminarlo.

El discurso es el siguiente:

Pláceme Sr. Dr. y en lo particular pláceme como al que más, haber tenido el encargo por los abogados, nuestros compañeros de profesión en Monterey, de venir á felicitaros, por vuestro, gracias para el Estado, regreso al seno de los nueveleoneses.

Ay! ¡Triste de aquel, á quien nunca fué dado ver la luz del lugar donde naciera! ¡Más triste aquel todavía, que perdiera la luz de los ojos, después de haber disfrutado de ella! Para los dos la creación oculta sus encantos: no tienen ya ni magnificencia los cielos, ni la catóptrica sus prodigiosos reflejos, ni asombrosas ilusiones la perspectiva, ni la mañana su arrebol, ni plácidos celages el ocaso: el uno sustituye al menos con bruscas impresiones del tacto, lo que alguno de la vista sana mirar pudiera; como si por el reverso viése un hermoso cuadro de Apeles, que allí presenta sombras de masas granuladas; el otro, aun velando, no alcanza á imaginarse el colorido, y solo en apacible sueño, á percibir llegará acaso, fugaces fantismas de bellos colores; éste, más triste, vive soñando.

¡Ah! ¡Feliz aquel, que siempre goza de la luz primera, que alumbró su sér, viviendo y muriendo en ella! ¡Más feliz aquel, que como vos, Dr. querido, vuelve á mirar, privado una vez de la facultad de ver, cual afortunado mortal, que en su afán, recobra inmenso tesoro que le aconteció perder! Proseguir no puedo: ni el brillante ingenio del profundo Ovidio, ni su dulce y culta dición sentida, creo describir pudiesen un tan patético contraste.

Paréceme que con efusión activa, en los brazos estrechamos á un ilustre desterrado, que por fin pisa otra vez las arenas de la patria, y hasta la ocasión nos presta la agradable verosimilitud de agazajaros conmovidos en sus venerandos términos.

Para el hombre desterrado, huyen de la vista y le abandonan las montañas magestuosas, los frondosos bosques, los verdes prados, las alegres sementeras, todo el dilatado panorama delicioso de su país natal, con las imágenes de la juventud, los goces de la virilidad y el golpe escénico de visión simpática, y atónito, vagando en un vacío, sufre y se atormenta en él, sin admirar los paisajes, que ántes le deleitaran.

Como desterrado fuisteis vos, con dicha un breve tiempo, de nuestro mundo visible por decreto del S. A. del Universo, á quien sin duda así le plugo: entonces no visteis ni mirasteis la belleza de la floración y de las aves de México, ni el lujoso follaje de sus florestas, ni las excelsas crestas y variados picos de sus levantados montes: ninguna de tantas maravillas de la fecunda naturaleza impresionó vuestra vista, como si os hubiesen rechazado todas, cual

se alejan de un desterrado los amenos valle, y las soberbias sier-
ras de la tierra de donde parte.

¿Quién no ha sentido, cuando ménos por narraciones, la penosa
ansiedad del desterrado; su expansivo enternecimiento al
ser restituido á la madre patria, la emoción sublime de sus compa-
triotas, que á las puertas de aquella lo reciben?

Con vos, caro Doctor, sentimos el supremo júbilo en que de-
beis rebozar, al tocar con planta segura este sagrado suelo, á don-
de la ciencia os devuelve, por ministerio del alto cielo, para be-
neficio de la doliente humanidad: con vos no; congratulamos, por
el éxito fauto de las operaciones á que fuisteis sometido,
para que vieseis y miráseis otra vez en nuestro planeta, la rica par-
te que á México tocara: os damos por ello el más cordial parabien
y el más afectuoso testimonio de nuestra particular satisfacción.

*
**

La comitiva se dirigia para el Hotel y cuando llegara á la plaza
principal, la conmoción de los primeros instantes pasaba ya. De
repente, una Señora sale al encuentro de la comitiva, precipitase
en los brazos del Dr. Gonzalez, y vuelven á embargarse las pala-
bras; volviendo á enmudecer los labios; aquella Señora era la
noble y virtuosa Srita. Soledad Perez Maldonado, sobrina del Dr.
Gonzalito. Inquieta por abrazar estrechamente á su querido tío,
anticipó ese grato momento, cumpliendo así con una exigencia de
su sensible corazón.

Llegaron al Hotel y allí recibió Gonzalitos los sinceros pláce-
mes de las numerosas comisiones que habian emprendido expre-
samente el viaje, para cumplir el honroso cometido que se les ha-
bia confiado.

A su vez, el Sr. Lic. Ramon Treviño, tomó la palabra, patenti-
zando la noble conducta de los Señores Dr. Juan de Dios Trevi-
ño y Juan Rivero que acompañaron al Dr. Gonzalez, durante su
reclusión en Nueva-York, teniendo, como tuvieron, para con él
las más tiernas y filiales atenciones. Esta manifestacion fué con-
testada por dicho. Señores, de una manera cortez y caballerosa,
asegurando no haber hecho más que lo que un noble deber les
habia exigido y como lo hubiera hecho cualquiera de los pre-

sentes, siendo una prueba de ello la espontánea manifestacion de
carino con que todos lo habian recibido.

*
**

Una atenta y personal invitacion del Sr. José Palacio, repre-
sentante, en Laredo, de la casa del Sr. D. Francisco Armendaiz,
y aceptada por el Sr. Gonzalez, hizo que á las doce del dia pasara
á dicha casa, á donde fué obsequiado con un magnífico banquete.
Entre las personas que lo acompañaron, fueron los Sres. Dres.
Juan de Dios Treviño, Eusebio Rodriguez, Jesus Maria Argueta
y Antonio Garcia; los Sres. Lics. Lázaro Garza Ayala, Ramon
Treviño y Domingo Martinez; el Cónsul Español Sr. D. Valen-
tin Rivero y su hijo Juan; el Superintendente general de la Com-
pañía del Ferrocarril N. M., Sr. Gardner; el Sr. Louis W. Steven-
son, agente de fletes y pasajes de la misma compañía; y los Sres.
Santos Benavides, Pragedis Garcia y Ricardo M. Cellard.

Con viva pena manifestamos, que una bondadosa y anticipada
invitacion de un amigo nuestro nos impidió corresponder la que
nos hicieron para tan agradable reunion.

Se nos informó, sin embargo, que habia reinado allí extraordi-
naria alegría entre los concurrentes; que se pronunciaron anima-
díssimos brindis, siendo en su mayor número conmovedores en ex-
tremo. Si me lo se nos informó, el brindis del Dr. Gonzalitos
estuvo concebido en estos términos:

Hizo reminiscencias á su vida política y dijo que cuando habia
sido Gobernador del Estado de Nuevo-Leon, al hacer su visita
oficial por todos los pueblos, habia sido recibido con ruidosas fies-
tas y que en tales momentos no hubiera podido asegurar de la
sinceridad de aquellas manifestaciones, por no poder fácilmente
separar su individualidad de la del personaje político que repre-
sentaba; pero que en esta ocasion, la duda no embargaba su ánimo
y el goce que sentia era completo en su corazón; pues no sien-
do más que un anciano de 72 años, de quien nada se podia espe-
rar ya, no teniendo carácter oficial alguno, le hacian recibir como
sinceras todas las espontáneas ovaciones de que era objeto en
aquel dia, para él, el más grato de su existencia.

La fiesta fué amenizada con sonoras y variadas piezas que to-
caba la orquesta, que tan hábilmente dirige el Sr. D. Epigmenio
R. Melo.

En la noche, una alegre Serenata por la orquesta reunida en la plaza de Nuevo Laredo, gran número de familias, haciéndola más agradable el concurso de la música del 13, mandada ahí, por fina galantería del Teniente Coronel Fernandez.

Al día siguiente el Dr. Gonzalez y sus numerosos amigos, se hallaban en la Estacion del Ferrocarril y á las ocho en punto, partió el tren especial, con que, bondadosamente, la compañía obsequiaba al ilustre viajero y su comitiva. Como Mexicanos, no podemos menos de manifestarnos agradecidos á esta deferencia de la compañía para con nuestro distinguido compatriota, lo que hará sin duda alguna, estrechar, e grandeciéndola cada vez más, las simpatías del pueblo hacia ella.

Pasemos ahora á las impresiones del viaje: partido el tren de Laredo, después de una hora, el Benemérito ciudadano pisaba ya tierra de su adoptivo Estado. ¡Cuántas emociones no se despertaban en su corazón! ¡Qué reflexiones no haría sobre este Estado, que le tiene por su benemérito hijo y á quien él habia consagrado con todas sus fuerzas todo su valor! Nosotros creemos que los recuerdos asaltaban en torbellino su imaginacion. La enfermedad de que adolecía le habia hecho vivir entre densas y negras sombras. Dos meses hacia precisamente que ciego, habia recorrido el mismo camino, y hoy, que ha podido ver el cielo azul de su Estado, sus campos, sus montañas, sus pueblos y sus hombres, ¡qué no habrá experimentado en su corazón!.....

El estridente silbido de la locomotora anunciaba la llegada del tren á Lampazos; la estacion estaba concurrendísima; las autoridades de aquel lugar, las escuelas de niños y niñas; todas las familias principales; en fin, el pueblo todo que allí estaba reunido, le recibe con general aclamacion. Diez minutos debió haber permanecido el tren; pero deseosos de obsequiar á Gonzalitos, los que componian la pequeña orquesta del lugar, no obstante de ser ruidosamente forzada, obsequiaron con las primicias de sus triun-

fos al muy querido Doctor. Esto motivó el retardo de diez minutos mas la partida del tren.

Principales personas de Lampazos, entre ellas el Alcalde 1.º llevaron sus bondades al grado de aumentar la comitiva hasta Bustamante.

Bustamante, pre aró muy singularmente los honores de su recepcion. Un poco antes de llegar á la Estacion, levantábase sobre un arco de triunfo, de exquisito gusto, dos altas columnas sosteniendo un elegante capitel lo formaban. En él estaba esta grande inscripcion: "Bien venido sea el Benemérito de Nuevo Leon, C. Dr. José Eleuterio Gonzalez, mentor de la Juventud; y entre enlazadas coronas figuraban otras inscripciones alusivas, todas ellas á los hechos más notables de su vida. En el almacén de la Estacion, elegantemente adornado para el efecto y entre cuyos adornos descollaba el busto del Doctor, se le preparó un espléndido banquete, recibiendo allí en ocasiones de brindis, algunas sentidas alocuciones, pronunciadas por los Sres. Lics. Francisco Valdés Gómez, Nicolás Berazaluze, los Sres. Dres. Abraham Buentello y Lorenzo Sepúlveda, Santos Benavides y el Presbítero Pedro de V. Lozano. Quisiéramos darlas á conocer todas; pero solo pudimos obtener la que hizo esto último, que con verdadera satisfaccion damos á conocer á nuestros lectores.

BENEMERITO DOCTOR:

Honrada yo por el Republicano Ayuntamiento de esta Municipalidad de Bustamante para dirigiros la palabra en este día glorioso de vuestra entrada triunfal al Estado de Nuevo Leon y á nuestra querida ciudad de Monterey, cumplo gustoso ésta, para mí, noble y sagrada mision.

Ayer, hondísimo pesar y amarga pena se apoderó de los corazones todos de los Neoleoneses, al saber el funesto resultado de la primera desgraciada operacion que sufristeis en vuestros ojos en la Capital de la República. Mas hoy, apenas el telegrama anunció la feliz nueva de que habiais recobrado la vista, cuando toda la ciudad de Monterey se estremeció de gozo, prorumpió en gritos de alegría, echó á vuelo las campanas de sus templos y se entregó, entusiasmada, á los más vivos trasportes de alborozo y de placer. Hoy, esa misma ciudad, empavesada y sonriente de ale-

gría os espera con los brazos abiertos para recibirnos como á Redentor de la humanidad doliente, padre de los pobres, protector y Maestro de la estudiosa juventud.

Nosotros, que admiramos vuestras virtudes y relevantes méritos, nosotros que hemos gustado también los frutos de vuestro saber y hemos sido varias veces el objeto de vuestros cuidados y desvelos, venimos hoy, agradecidos, á daros la más cumplida enhorabuena, porque gracias á la Providencia y á la habilidad y destreza del Sr. Knapp, no ménos que á los exquisitos cuidados y esmeradísima asistencia del Sr. D. Juan de Dios, quien os ha atendido con más cariño y esmero que si fuérais su propio padre, habéis recobrado el órgano de la vista, tan precioso como necesario, particularmente para vos, que vivís de la observacion y la lectura.

Mi querido y venerado maestro (permitidme que os dé este título tan grato y honroso para mí, pues tengo derecho á él, porque á vuestros piés y pendiente de vuestros lábios aprendí lo poco que sé de literatura y elocuencia sagrada) yo os felicito particularmente, con toda la efusion de mi alma; porque ya casi extinguida en vuestro pecho la esperanza de recobrar la vista os la devuelve el Hacedor Supremo por medio de la ciencia.

¡Ciudadano esclarecido! Egrégio Doctor! Benemérito del Estado! Honra y prez de las letras mexicanas! A nombre de las autoridades y habitantes todos de este Pueblo, yo os saludo! y elevo al cielo ferviente súplica, porque conserve incólume por largos años, vuestra preciosa existencia!—Dije.

La reunion fué animada, á estremo tal, que hasta los empleados del ferrocarril, de nacionalidad americana, manifestaron ser partícipes de aquella general simpatía, suplicando se les dejara adornar su locomotora, con la principal inscripcion de aquel arco y un número considerable de sus coronas. Concedióseles lo que pedían y así adornada siguió la locomotora su camino.

* *

Pocos minutos despues, el tren llegaba á Villaldama. Habo también allí reunion numerosísima en la Estacion, compuesta de las clases del pueblo. La música empezó la recepcion. El niño Plácido Villareal de 12 años de edad, leyó la siguiente pequeña alocucion. Lo hizo con tal propiedad y maestría, que conmovido Gonzalitos, concluido que hubo la lectura, le arrebató el papel y

le beó la mano. Este noble rasgo del Dr. embelleció la fiesta, haciéndola más conmovedora.

SEÑORES:

CONDISCIPULOS:

El Estado de Nuevo Leon está de plácemes por habernos concedido el Hacedor del Universo la gracia de volver la vista al Benemérito Dr. José Eleuterio Gonzalez y por esto tambien venimos los humildes estudiantes de este pequeño pueblo, quizá el más humilde de nuestro Estado, á saludar y admirar al bienhechor de la humanidad, al Sabio y Benemérito Dr. Gonzalitos, á quien en su mayor parte se debe la ilustracion y cultura de esta parte de nuestra República; y si con la fama universal que goza, se pudiera explicar una parte del justo mérito á que es acreedor el Dr. y protector de la juventud, la admiracion seria completa.

Pero á tanta grandeza cualquier elogio es por demás: contentémonos queridos compañeros á regocijarnos con la presencia de tan ilustre personage, para llorar despues su ausencia y su decrepitud; pues, miradle, está muy viejecito; y, aunque su nombre sea inmortal, la humanidad necesita aprovechar los sábios consejos de su vida real.

A vosotros, señores, os toca la mision sublime de cuidar de él, como de un padre querido en los últimos años de su existencia; y sí, primero que alguno de los que estais presentes, baja al sepulcro, que viva siempre grabado en vuestra memoria el sacrosanto nombre del egregio Dr. José Eleuterio Gonzalez, como el primero de los génesis eminentes de nuestro Estado, que supo con su sabiduría dirigir por la senda escabrosa de la ciencia, á la mayor parte de los hijos de Nuevo Leon —Dije.

* *

Llególe su turno á Salinas Victoria, que no podia ser indiferente al general regocijo. Las niñas se habian preparado á cantar el Himno Nacional á la llegada del Dr., y así lo efectuaron. Todas ellas vestidas de blanco, adornadas con bandas tricolor; cantáronlo acompañadas de la música. El pueblo completó la manifestacion, con tiros de carabina, cohetes y vivas. Un anciano, Don Hérculano Cantú, pronunció el siguiente discurso:

También el pueblo humilde de Salinas Victoria, se asocia gustosa y espontáneamente al regocijo general que inunda al siempre.

magnánimo, bravo, cuanto patriota Estado de Nuevo-León; ure sus cariñosos votos, bien merecidos por cierto, y os felicita dignamente, benemérito Dr., por la recuperacion de vuestra importantísima salud que aplauden estrepitosamente desde los pueblos más limanos, los hijos del Estado, nuestros hermanos, y la celebran con tanta razon, cuanto que ella en todas ocasiones le ha evitado mil dolores y prodigado diferentes beneficios de distintos géneros; por eso ve con gran placer vuestro feliz arribo del extranjero y os vuelve á felicitar con toda la efusion de su alma. Celoso el de Salinas, de que se cumplan sus sanos deseos, ha concurrido en tropel, se ha allegado en masa á este Diot, á demostrar por medio de su primera autoridad y su respetable cuerpo de muricipes que os tiene en la mayor estima réstame sólo, C. Benemérito, hacer mio en lo particular, el tosco relato de que me ocupo, y permitirme, en estos críticos y muy solemnes momentos, la libertad, á nombre de todo el pueblo de nuestro querido Estado, de saludaros dignamente, valiéndome de aquellas palabras con que los habitantes de la primera ciudad del mundo, recibian al César cuando entraba triunfante á Roma: *vuestra salud es nuestra salud:*

* * *

Antes de su llegada á Monterey, el tren tuvo que detenerse algunos momentos en la Estacion de Ramon Treviño, donde le esperaban numerosas personas de la Villa de San Nicolás de los Garzas.

Véamos que hizo Monterey por su parte, ayer, en espera del arribo del Doctor Gonzalez. Cerró el comercio sus puertas y como citadas á hora fija todas las clases de la ciudad se trasportaron en masa á la Estacion. La calle por donde se dijo debía entrar, parecia un hormiguero desde las dos de la tarde. No se hallaba en el centro de la poblacion ni uno solo de los coches de plaza, ni uno de los particulares; pues habian sido enviados para recibir la comitiva. La plaza de Zaragoza estaba completamente llena. Los niños de las escuelas habian acudido allí con gallardetes tricolors, formando una valla en sus anchas banquetas, partiendo del término de la via urbana, hasta el átrio de Catedral.

El silbido de la locomotora fué contestando por el eco de las montañas y un repique á vuelo en todas las Iglesias dijo á la ciudad, que el Dr. Gonzalez pisaba la Estacion. La Empresa del Ferrocarril Urbano, habia preparado bondadosamente todos sus carros para la recepcion, los que estaban con exquisito gusto adornados; las banderas Americana y Mexicana, entrelazadas forman-

do cuadros simbólicos de amistad. Frente á la oficina de la Compañía se levantó un arco de triunfo, adornado con laurel y símbolos semejantes á los de los cerros. La concurrencia era inmensa; hasta sobre los carros habia multitud de personas lo mismo que sobre la plataforma de la Estacion. Varias músicas hacian oír sus agradables sonos, exaltando extraordinariamente el entusiasmo de la concurrencia.

La comitiva montó en los coches del Urbano, detenidos frecuentemente en su marcha por la multitud que procuraba aproximarse al carro donde iba el Doctor.

Los alumnos del Colegio Civil le prepararon una ovación en la plaza del mismo nombre, pronunciándose allí divertidas alocuciones.

En representacion de los presos de la ciudad, el joven Lic. Eugenio F. Castillon, leyó el siguiente discurso:

BENEMÉRITO DOCTOR:

Ya desde que hacia mis estudios de Jurisprudencia empezaba á patrocinar infelices á quienes la miseria ó la fatalidad habia hecho cometer un delito y hundirse en el calabozo de una prision. Esto me hizo ser medianamente conocido de algunos de esos pobres hombres,

Apénas obtuve el título de Abogado á que aspiraba, cuando el Supremo Gobierno del Estado me honró nombrándome Defensor de pobres, y esta nueva circunstancia me acercó por deber, á esa clase desdichada, que vegeta en las prisiones, lo que me puso en condicion de ser más conocido de ella que en los dias de los estudios escolares.

Hoy abrigo por los irfortunados reos verdadera simpatía, en fuerza de contemplar sus pesares, como abrigo el médico cariño por sus enfermos, siendo como es, testigo de sus dolores tambien.

Tales motivos quizá, hicieron que individuos aprisionados en la Cárcel pública de esta capital, me dirigieran atenta súplica para que viniera á daros la bienvenida, así como á felicitaros por el buen éxito de la dolorosa y delicadísima operacion que en los ojos sufristeis, estando en la ciudad de Nueva York, de la vecina República. Esos mismos motivos me impulsaron á gustoso aceptar esta honorífica encomienda de una clase por sus desdichas digna de ser escuchada en todos casos.

Extraña parece á, ilustre bienhechor de nuestro pueblo, la mi-

sin que t aigo, ya que por mi boca os hablan los infortunados seres, que, sepultados en los calabozos, ha tiempo son especie de cadáveres para la sociedad, sin que nadie piense en que esos seres puedan á semejanza de los hombres que disfrutan la amada libertad, tomar participio en una fiesta toda alegría, en una recepcion motivada por la gratitud popular; pero ese asombro, tal extrañeza, desaparecen por completo desde el momento mismo en que brote el recuerdo de que en el interior de las prisiones existen hombres que tambien poseen un corazon agradecido.

No pueden, es verdad, venir á rendiros justo homenaje de admiracion y cariño, sin embargo de anhelarlo vivamente, porque no pueden salvar las murallas que rodean el tristísimo lugar de aislamiento donde sufren, alejados del mundo y separados de las personas que le son más queridas; pero en cambio, el espíritu de ellos viene conmigo, la voluntad de los individuos se unifica á mis palabras y á mis sentimientos, y su laudable deseo manifiéstase de la manera que les es dable.

Vengo, pues, en nombre de esa clase aprisionada á daros la más cordial bienvenida y á felicitaros por la prodigiosa curacion, que os concedió el bien precioso é inestimable de volver á contemplar la indeficiente luz que nos alumbraba. Recordad que vengo en nombre de una clase que, cesando por corto intervalo de llorar las penas que desgraciadamente la afligen, trueca sus lágrimas en alegría por la dulce satisfaccion que experimenta al veros de nuevo, gozando de la inefable dicha de vivir rodeado del cariñoso pueblo que os quiere y que os adora con idolatria.

No tiene este acto la significacion de mero halago, es el pago de la inmensa deuda de gratitud que con vos tiene pendiente esa clase desvalida, como tienen pendientes innumerables deudas de igual naturaleza todas y cada una de las clases sociales de Monterey y del Estado entero.

Hacedme el alto honor de aceptar estos plácemes sinceros, enviados por almas, que si un día, en un acto propio de la fragilidad humana, pudieron mancharse al ir extraviadas del sendero del bien, no por ello desmerecen del concepto de agradecidas, para quien les ha prodigado grandes beneficios, sino que antes por el contrario, quieren de ello dar muestras patentes al hombre ilustre que honra la historia de Nuevo-Leon, al hombre que como vos, ha llevado una vida consagrada toda entera, al estudio y á la caridad.

Otra vez os suplico, Benemérito Doctor, os digneis aceptar la humilde ovacion que os tributa la oscura y desdichada clase que me envía—EUGENIO F. CASTILLON.

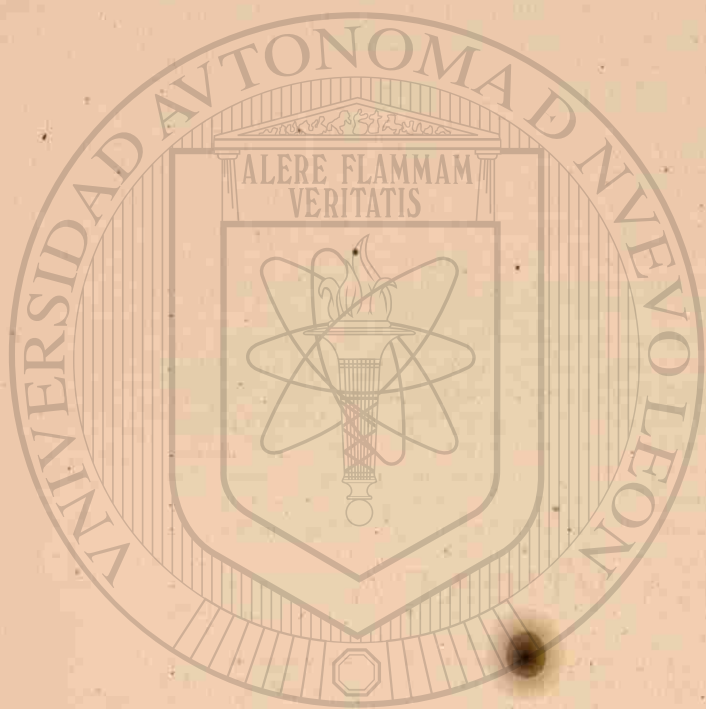
Siguió la comitiva por el trayecto de la vía urbana, estando todas las calles por donde esta pasaba, perfectamente adornadas é iluminadas. Cuando llegó á la Plaza de Zaragoza, las descargas de fusilería, las aclamaciones del pueblo y el repique que aún no terminaba, llevaron el entusiasmo á su colmo. Gonzalez dejó el tren urbano y entre filas formadas por los niños de las escuelas, se dirigió á Catedral seguido de su comitiva, á donde á duras penas pudieron penetrar por hallarse la Iglesia desde las dos de la tarde completamente llena.

Transformóse el cuadro por completo, de una fiesta del mundo pasamos á una divina fiesta; comenzó el *Te Deum*. Un coro de virginales voces nos trasportó á las infinitas regiones de los cielos; de cuando en cuando alguna de estas voces sobresalía, como voz angelical sobre el suave acompañamiento del órgano. Profunda pena nos causa no especificar una á una, las Señoritas que cantaron los divinos coros, bástenos decir, y esto para nuestra satisfaccion de reineros, que nuestras simpáticas paisanas, despues de haber dado una prueba de su grande cariño para Gonzalitos han patentizado una vez más su precoz talento en el divino arte.

El Dr. Gonzalez, que ha consagrado su vida entera al desarrollo en esta Sociedad, de la instruccion en general y de la ciencia médica en particular, habrá visto con indecible satisfaccion los frutos de sus afanosas tareas de medico y maestro.

Generaciones que él mismo ha formado, en momento tan solemne de su vida, le hacia recibir como premio, la ovacion más grande que recibir pudiera mortal alguno.

Dichoso él, que en el último tercio de su vida, le acompañan aun, y sin mengua de ningun género, los sentimientos de adhesion de un pueblo á quien ha honrado y de quien ha recibido merecido homenaje de extraordinaria, singular consideracion.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

II.

LA VELADA.

Cuán pequeña, cuán impotente se siente nuestra humilde pluma, al tener que tratar de la hermosa fiesta artístico-literaria, que en honor del benemérito Dr. Gonzalez, celebró la sociedad Regiomontana la noche del sábado último.

Para pintar aquella fiesta, para discurrir sobre su alta significación moral y social, para hacer un justo elogio de cada una de las piezas con que el arte y la literatura neoleoneses rindieron culto al saber y á la virtud de *Gonzalitos*, necesaria sería una pluma que produjera conceptos tan bellos y tan elevados como el hermosísimo conjunto y especial carácter de nuestra memorable *Velada*, y tan entusiastas y sublimes como el fascinador arrebató de admiración y gratitud, que Monterey entera manifestó en aquella noche de feliz memoria.

Nosotros nos reconocemos muy pequeños para tratar en todas sus facetas un asunto de tanta importancia, y más al tener que hacerlo con la premura que el carácter de esta publicación lo exige.

Darémos solamente, á grandes razgos, una suscita idea de la fiesta; no para quienes tuvieron la dicha de verla, sino para aquellos que no pudieron gozar de espectáculo tan hermoso y tan conmovedor.

Decir algo sobre la importancia moral y social de esta pública manifestación de reconocimiento y respeto de nuestra culta sociedad hácia el filántropo modelo y modesto sabio que ha consagrado toda su vida al bien y al progreso de la humanidad, sería por demás; porque de una manera magistral se trata este punto en las diversas piezas literarias que se pronunciaron en la fiesta, y que honran ahora las columnas de esta publicación.

A la hora determinada por el Programa, para dar principio á la Velada, se encontraba nuestro Teatro enteramente ocupado por toda la familia Reínera, presidida por el héroe de la fiesta, el querido Dr. *Gonzállos*, y las autoridades tanto del Estado como de la Ciudad.

Al elevarse el telón, se ofreció á la vista de la concurrencia el hermoso grupo de bellísimas jóvenes y distinguidos caballeros que tenían á su cargo la fiesta, quienes en aquel instante se pusieron respetuosamente en pié para saludar, tanto al Benemérito Doctor, como á las autoridades y al público en general.

Se dió principio por la orquesta con la hermosa *Sinfonía* compuesta *ad hoc* por el Profesor D. Manuel M. de Llano. Esta nueva obra del inspirado Manuel fué justamente aplaudida, no tan sólo por el objeto con que fué presentada, sino porque positivamente es una obra de mérito; pues á la originalidad y belleza de sus *motivos*, reúne la mejor aplicación de los principios armónicos y una instrumentación rica en efectos, robusta, vigorosa, como el jóven corazón y atrevida inteligencia que la crearan. El modesto jóven Llano debe estar satisfecho de esta nueva muestra de su género musical, y seguir por el camino que se ha trazado; para que con sus notables disposiciones y su gran dedicación, se conquiste un lugar en el templo de la gloria, para honra suya y orgullo de Nuevo-León.

El Sr. Lic. Ramón Treviño, nuestro orador modelo, ocupó el primero la tribuna; y con su elocuencia propia, con su estilo florido, su acción elegantemente natural, y su agradable timbre de voz llenó satisfactoriamente su cometido como representante del Colegio de Abogados.

La bella Srita. Dolores de Llano y su hermano, el jóven Profesor D. Manuel, ejecutaron en el piano, á cuatro manos, la hermosa

cuanto difícil obertura "Poeta y Aldeano". La limpieza y expresión con que fué ejecutada esta hermosa pieza, valió á los hermanos de Llano una justa salva de aplausos.

"La Escuela de Medicina", dignamente representada por el ilustrado Dr. José María Lozano, ofreció su tributo de admiración y reconocimiento al sabio Dr. Gonzalez, en un buen discurso que honra sobremanera á su modesto autor.

Luego la Srita. Antonia Rivero fué conducida por la comisión respectiva al centro del proscenio; y acompañada en el piano por el inteligente Profesor D. Leopoldo Zambrano, ejecutó la sentida *Cavatina* de "Roberto el Diablo" *Oh tú che adoro*.

La espiritual figura de la hermosa Sñorita Rivero, su elegantísimo porte, su encantadora voz, su voz sobre todo, tiernísima, dulce, pura, como su corazón de ángel, cautivó á la concurrencia, que escuchaba ena enada aquel canto impregnado de sentimental poesía, que nos hacía soñar con los supremos goces celestiales.

El Sr. Lic. D. Juan J. Barrera, ocupó en seguida la tribuna. Su composición poética, como todo lo que brota de su elevada inteligencia, estuvo llena de atrevidos pensamientos y de imágenes bellísimas.

Después, la Srita. Librada Galindo y el Sr. Profesor D. Miguel María Gómez, ejecutaron una hermosa y difícil fantasía de "Guillermo Tell," á piano y violín. La Srita. Galindo manifestó una ejecución segura y un artístico estilo. El Sr. Gómez, con su estilo delicado y expresivo, dió á conocer que, á pesar de haber dejado el arte por tanto tiempo, conserva aún mucho de lo que hace años lo tiene acreditado como violinista.

Concluyó la primera parte de la fiesta con el notable discurso del Sr. Lic. Vicente Garza Cantú, que como digno representante de la Prensa Asociada, dijo con sinceridad grandes verdades.

Después de un intermedio de quince minutos se levantó de nuevo el telón, y fué presentada en el proscenio la Srita. Francisca Treviño, que en acompañada del piano y cuarteto de orquesta, ejecutó la delicada y difícil *Aria* de la ópera "Saffo."

Para hacer el correspondiente elogio de la Srita. Treviño, quisiéramos algo más que palabras. No nos satisfacen, para rendirle nuestro tributo de admiración, ni la palabra escrita, ni la palabra hablada; ambas son materiales, y la materia no es el sentimiento, ni la poesía con que quisiéramos dar forma á nuestra ideas.

Quisiéramos algo de la inspiración que se desborda del alma de la *nina artista*, para hablarle en su propio lenguaje, y decirla: "te

comprendo Pero ya que no nos es posible arrebatar al sentimiento y á la idea su esencia para formular nuestro elogio, nos contentaremos con decirle en el prosáico lenguaje de los hombres: "lo que nadena, lo que fascina de tu canto, no es el belísimo timbre de tu voz celestial, no es la *difícil facilidad* con que vences las dificultades del arte que cultivas, sino ese *no sé qué* que exhala tu alma cuando cantas, que tiene el mágico poder de conmover lo más íntimo de nuestro ser, haciéndonos sentir esa especie de inefable *mezcla de placer y dolor* que no tiene nombre, ni se puede explicar, pero que tú conoces y sientes mejor que nosotros."

El Sr. Doctor Lorenzo Sepúlveda, á nombre de la Sociedad Médica, pronunció en seguida un filosófico discurso, que fué estrepitosamente aplaudido.

Una nueva estrella de nuestro cielo artístico apareció después. La Srita. Carmen Gómez se presentó, por primera vez, á ejecutar una hermosa *Cavatina de soprano* de la ópera "Attila", que le fué acompañada por la orquesta, bajo la dirección del Sr. Gómez, D. Miguel.

La simpática y modesta Carmen ejecutó muy bien la difícil Cavatina citada: su excelente voz, tan poderosa como extensa y agradable, así como su irreprochable entonación le conquistaron muy justos aplausos. Felicitamos á la Srita. Gómez por su primer triunfo, y la excitamos á que continúe con ardor sus estudios, para que sea muy pronto una de las estrellas de *primera magnitud* en nuestro cielo artístico.

Las Sritas. María Luisa y Julia García Muguerza ejecutaron luego á cuatro manos una hermosa *fantasia de concierto* sobre temas de "Rigoletto". Todas las dificultades que contiene esta bellísima pieza fueron vencidas con maestría por las hermosas hermanas García Muguerza, quienes fueron estrepitosamente aplaudidas.

La Srita. Profesora, María Garza Gonzalez ocupó después la tribuna, pronunciando un discurso muy bien escrito, que honra altamente á la antigua sócia del extinguido Liceo "Dr. Mier". La Srita. Garza Gonzalez es muy acreedora á un justo elogio, por ser entre nosotros la personificación del adelanto literario de la mujer.

El jóven D. Ramón Rivero ejecutó, acto continuo, la *cavatina de bajo* de la ópera "Sonámbula", con acompañamiento de orquesta.

La ejecución de esta pieza fué irreprochable. Nuestro amigo Ramón lució su excelente voz y sus demás disposiciones artísticas. Esperamos que no será la última vez que oigamos al jóven

Rivero; sino que por el contrario, siga cultivando el arte del canto y procure nuevos y frecuentes triunfos.

La Sociedad de Obreros, por conducto del Sr. D. Antonio Sada, presentó después su ofrenda de gratitud y respeto al Benemérito Doctor, en cuyo honor se daba la fiesta. El discurso del Sr. Sada, en su estilo natural y llano, contenía hermosos pensamientos, hijos del noble corazón del obrero, amante del bien y del progreso.

El Sr. Profesor, Joaquín D. Lara y el jóven Eduardo Gariel ejecutaron luego una hermosa *Fantasia* de "Fausto", á violín y piano. Nuestro amigo Lara ha mejorado notablemente su *fuerza de arco*, y su estilo nos parece ya el de un maestro. Nuestras sinceras felicitaciones á Joaquín y á su compañero Gariel que también continúa progresando en el arte divino.

El jóven Eulogo Maldonado fué conducido después á la tribuna. Recitó una hermosa *Poesía*, alusiva al objeto de la fiesta, con notable desembarazo y buena entonación.

Acto continuo, la Srita. Antonia Vargas y el Sr. Lic. Vicente Garza Cantú se presentaron á cantar un *duetto* de "Lucía de Lamermoor" acompañados por la orquesta. Tanto la Srita. Vargas como el Sr. Lic. Vicente Garza Cantú se conquistaron merecidos aplausos en la ejecución de esta hermosa pieza.

Continuó la fiesta con la original y hermosa *Poesía melódica* que recitó el Sr. Profesor J. V. Francesconi, con acompañamiento de piano y violín por la Srita. Antonia Rivero y el Sr. Profesor Joaquín D. Lara. El Sr. Francesconi fué estrepitosamente aplaudido, y con mucha justicia; pues su composición, tanto en la parte musical como en la literaria, y más que todo, en la armónica unión de una con otra parte, es de un efecto soberbio. Además, la propiedad con que recitó su poesía, y principalmente, el calor con que la terminó, electrizaron verdaderamente al concurso, y el entusiasmo general se resolvió en un estruendoso aplauso, llegando á su máximum cuando la oportuna aparición en el foro, del Dr. Gonzalitos, vino como á completar el último pensamiento del Sr. Francesconi.

Cuando el público hubo desahogado todo su entusiasmo en el atronador aplauso con que saludó al Doctor, se dirigió este señor á la tribuna á dar lectura al discurso que habia preparado para el efecto; pero la emoción lo embargaba, sus ojos estaban llenos de lágrimas y la excitación en que se encontraba no le permitía tampoco pronunciar una palabra. Entonces el Dr. Martinez Echartea se encargó de la lectura de esa magnífica pieza literaria, lo que hizo con tanta seguridad como si hubiera sido producción su-

ya. GONZALITOS, en su discurso, se propuso hacer presente á sus amigos, como él llama en su modestia á los admiradores de su mérito y de sus virtudes, el gran reconocimiento que abriga para todos y cada uno de los que han tomado parte en las diversas manifestaciones de cariño y respeto que se le han prodigado.

Abrió su corazón para manifestar sus elevados sentimientos, y dió una nueva prueba de su gran modestia, atribuyendo todo lo que se le ha tributado, á la atención de sus amigos; sin darse por entendido de que los Nuevoleoneses, y más los hijos y moradores de Monterey, le han tributado todos esos homenajes, como justa recompensa á los importantes servicios que, no como amigo, sino como padre amante y solícito, ha prodigado tanto á los ricos como á los pobres, á los grandes como á los pequeños, sin preferencia ni distinciones. Pero su alma debía manifestarse en esta ocasión, como siempre, ¡grande!

Después del intermedio que siguió á la lectura del discurso de GONZALITOS, se dió la representación de la ALEGORIA DRAMÁTICA, escrita para esta fiesta por nuestro querido amigo, Lic. Enrique Gorostieta. El desempeño de ésta estuvo á cargo de las Sras. González de Villalongin y Rodríguez de Alonzo, y de los Sres. Alonzo y Villalongin. La Sra. González fué quien se posesionó verdaderamente de su papel, y el Sr. Villalongin se conquistó muchos aplausos por la propiedad con que imitó el tipo del querido Dr. GONZALITOS.

Sentimos muchísimo que el ruido que había en el foro no permitiera el que se oyeran bien los hermosos versos de Enrique, y que la falta de ensayos propios, y de acuerdo con el autor, haya deslucido un trabajo de tan positivo mérito. En el final, sobre todo, hubo tal precipitación y desorden, que quitó todo el efecto á la pieza, quedando el pensamiento del autor completamente desvirtuado. Sin embargo, lo poco que se oyó agradó sobremedida, y Enrique fué llamado á la escena con instancia; pero oyéndose apenas lo que se decía en el patio, debido al estruendo de los aplausos y á las exclamaciones de entusiasmo, no era posible que la comisión respectiva pudiera apercibirse de los deseos del público, ni era fácil en aquellos momentos el obsequiarlos.

La obra de Gorostieta será mejor comprendida, sin duda alguna, ahora que se lea detenidamente, y que se puedan tranquilamente analizar los elevados pensamientos que constituyen su fondo y su elegante y correctísima forma.

Al terminar la pieza dramática de que hemos hablado, se hizo

una súbita mutación, apareciendo en el fondo del escenario, en medio de una blanca nube, el retrato del eminente Doctor González, suavemente iluminado por luces de bengala rojas y azules. Una graciosa fila de hermosas señoritas avanzó al proscenio, acompañada de los caballeros que en unión de las bellas cantantes tenían á su cargo el final de la velada.

Concluyó esta fiesta, memorable por mil títulos, con el magnífico HIMNO A LA CIENCIA Y A LA CARIDAD, cuya letra es debida al inspirado pléctro de nuestro amigo Ricardo M. Cellard, y la música al maestro Sr. Epigmenio R. Melo, quien desplegó en esta obra todo su gran génio musical. Toda esta brillante producción del Sr. Melo es interesante; pero muy particularmente lo es, á nuestro humilde juicio, la estrofa tercera que es un concertante digno de figurar en cualquiera ópera, y el soberbio final en que tan propiamente fueron utilizados, para producir un magnífico efecto, los recursos de las voces y de los instrumentos. Mil felicitaciones al querido MAESTRO, honra de Nuevo-León en el arte divino.

La ejecución en la parte de canto no pudo haber estado mejor, confiada como fué á las inteligentes y hermosas Señoritas que la tomaron á su cargo, y á la aptitud de los caballeros amantes del arte, que tanto en el canto como en la orquesta prestaron su ayuda á nuestras graciosas paisanitas.

Respecto de los hermosos versos de este himno, repetiremos lo que decíamos de la *Alegoría* de Enrique, serán justamente apreciados ahora que se lean, porque al cantarse no es fácil comprenderlos debidamente.

Réstanos una palabra para concluir: y esta será para quienes deben estar más satisfechos del brillante éxito de la *velada*, para los Sres. Lic. Ramón Treviño, y Doctores Tomás Hinojosa y Domingo Martínez Echartea, que formaron la Comisión encargada del arreglo de esta velada, de quienes intencionalmente hemos querido hablar al fin de nuestra reseña, porque tenemos que felicitarlos, y muy calurosamente, por todo lo que constituyó la magnífica fiesta que en gran parte se debió á su inteligencia y actividad.

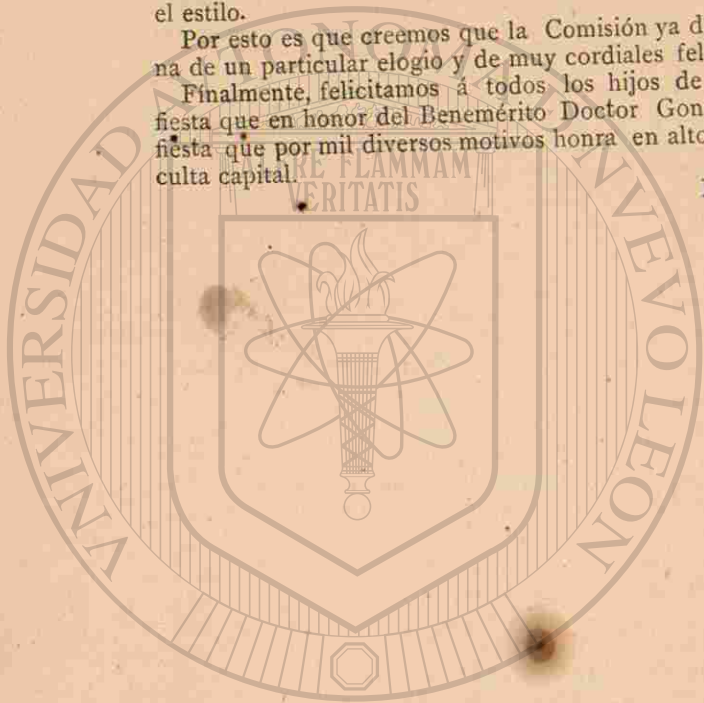
Sabemos bien los mil obstáculos que se presentan, y lo que cuesta vencerlos, para la realización de una cosa semejante: comprendemos los trabajos penosísimos que hay que tomarse para los mil pormenores, que no porque quedan ignorados del público son de menor importancia: comprendemos el exquisito tacto que se necesita para manejar una empresa de esta naturaleza, en que tan fácilmente se hieren susceptibilidades; y por último, á al

gran paciencia de que hay que revestirse para sufrir injustas censuras, resentimientos que no tienen razon de ser, y mil cosas por el estilo.

Por esto es que creemos que la Comisión ya dicha es muy digna de un particular elogio y de muy cordiales felicitaciones.

Finalmente, felicitamos á todos los hijos de Monterey por la fiesta que en honor del Benemérito Doctor Gonzalez tuvo lugar; fiesta que por mil diversos motivos honra en alto grado á nuestra culta capital.

LINO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

III

Velada Artístico Literaria.

ALOCUCION recitada por el Sr. Lic. Ramon Treviño.

SEÑORES:

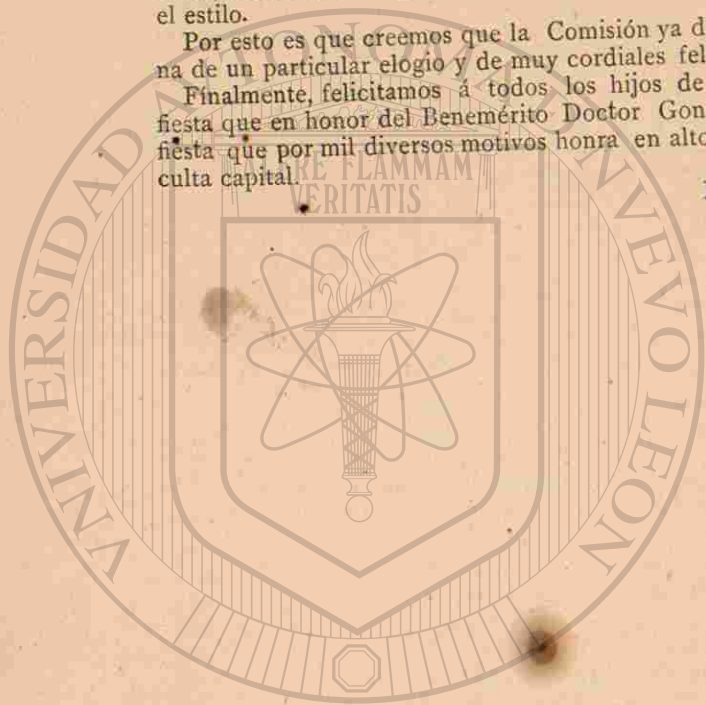
El Colegio de Abogados, al que tengo la honra de pertenecer, me manda á ocupar esta tribuna en esta solemne fiesta. Con gusto he aceptado esa honrosa comision, encomendada á mi insuficiencia, porque me sobran motivos de una sincera gratitud para con el Benemérito Dr. José Eleuterio Gonzalez, en cuyo honor se verifica esta velada artistico literario.—Para hablaros en estos momentos desearia poseer la difícil facilidad de los que deleitan con sus improvisaciones; pero ya que esto no me es dado, permitidme al ménos que deje á mi imaginacion que, libre, cual el águila de nuestras montañas, vague á su antojo por el anchuroso campo que este hermoso cuadro nos presenta.—Yo hé dicho alguna vez, que tengo la conviccion de que es una especie de tiranía el poner diques al pensamiento, obligándolo á seguir el camino que otros han recorrido, y en esta ocasion, me persuado de que dije entonces una verdad, porque, efectivamente, necesita el alma libertad y expansion para dar rienda suelta al sentimiento. Para hacerlo así reclamo vuestra indulgencia.

gran paciencia de que hay que revestirse para sufrir injustas censuras, resentimientos que no tienen razon de ser, y mil cosas por el estilo.

Por esto es que creemos que la Comisión ya dicha es muy digna de un particular elogio y de muy cordiales felicitaciones.

Finalmente, felicitamos á todos los hijos de Monterey por la fiesta que en honor del Benemérito Doctor Gonzalez tuvo lugar; fiesta que por mil diversos motivos honra en alto grado á nuestra culta capital.

LINO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

III

Velada Artístico Literaria.

ALOCUCION recitada por el Sr. Lic. Ramon Treviño.

SEÑORES:

El Colegio de Abogados, al que tengo la honra de pertenecer, me manda á ocupar esta tribuna en esta solemne fiesta. Con gusto he aceptado esa honrosa comision, encomendada á mi insuficiencia, porque me sobran motivos de una sincera gratitud para con el Benemérito Dr. José Eleuterio Gonzalez, en cuyo honor se verifica esta velada artistico literario.—Para hablaros en estos momentos desearia poseer la difícil facilidad de los que deleitan con sus improvisaciones; pero ya que esto no me es dado, permitidme al ménos que deje á mi imaginacion que, libre, cual el águila de nuestras montañas, vague á su antojo por el anchuroso campo que este hermoso cuadro nos presenta.—Yo hé dicho alguna vez, que tengo la conviccion de que es una especie de tiranía el poner diques al pensamiento, obligándolo á seguir el camino que otros han recorrido, y en esta ocasion, me persuado de que dije entonces una verdad, porque, efectivamente, necesita el alma libertad y expansion para dar rienda suelta al sentimiento. Para hacerlo así reclamo vuestra indulgencia.

No vengo aquí, cual sacerdote de la diosa Thémis, á sostener los fueros debidos á la ley, ni como otras veces á cantar las glorias de la Patria en sus días de júbilo, vengo simplemente como el último de los amigos, y uno de los primeros admiradores de las eminentes virtudes que adornan al Benemérito Dr. Gonzalez, á colocar una sencilla y humilde flor de siempreviva en la corona destinada á la Ciencia y á la Caridad, representadas entre nosotros por el filántropo sábio, en cuyo honor, como decia ante, se celebra esta fiesta, verdaderamente notable en los anales de nuestra historia contemporánea.

Efectivamente, señores, ¿ha habido alguno de vosotros que haya podido admirar antes una ovación tan espontánea, como la que ha recibido el Dr. Gonzalez al volver de Nueva York, curado de la vista? ¿Quién entre nosotros ha presenciado las demostraciones de cariño que el niño, el anciano, el pobre y el potentado le han rogado á este inigne sábio?—Yo supongo que habreis visto saludar con respeto al soldado abnegado y valiente que, despreciando su existencia por defender la autonomía nacional, vuelve á su hogar despues del triunfo—Habreis presenciado quizá, cariñosas demostraciones, hechas al mandatario que por su prudente conducta haya llegado á captarse la voluntad general; pero nunca habreis visto lo que ahora hemos tenido oportunidad de presenciar, es decir, el que se haya rendido culto á la virtud y al saber. Mucho ha adelantado un pueblo en donde tales prodigios se palpan.

Tenia que ser así, pues Nuevo-Leon, que aunque uno de los más pequeños Estados de la República, ha sido siempre justo apreciador del mérito, no podia olvidarse nunca de que le es deudor al Dr. Gonzalez, de muchas de las mejoras que tanto realce le han dado en nuestros últimos tiempos.

¿Quién entre vosotros no sabe que él ha sido muchos años hace el mentor de la juventud estudiosa? ¿Para quién no es una verdad reconocida que á sus esfuerzos se debió la fundación del Hospital en esta Ciudad, y de la Escuela de Medicina de la que han salido tantos inteligentes profesores? ¿Quién no recuerda que el Colegio Civil le mereció muchas atenciones y desvelo? y quién en fin, en nuestra sociedad, pudiera decir que no le debe algun servicio á Gonzalitos, como con singular cariño le llama nuestro pueblo todo?

Pues bien, vino un día en que el destino, queriendo sin duda alguna poner á prueba el temple de alma ó la fuerza de voluntad de ese eterno batallador en favor de la humanidad, le privó de la vista: sus pupilas se oscurecieron, su paso fué vacilante y trémulo;

pero aún en esa difícil situación no se abatió su espíritu, y su alma gigante siguió dando inequívocas pruebas de su elevación de carácter y sus lecciones orales se escuchaban en las Aulas con religioso acatamiento, y el doliente siempre tenia á la cabecera de su lecho de muerte al bendito ciego, que solícito recogía las más minuciosas explicaciones para formar su diagnóstico, y derramar en seguida el suave bálsamo de sus atenciones médicas.

Natural era, pues, que al verlo volver de Nueva York, libre de la penosa enfermedad que lo aquejaba, el pueblo se sintiera arrebatado de un entusiasmo inmenso, bendiciendo en sus justos transportes de alegría á la Providencia, que le devolvía á su hijo predilecto, tan lleno de vida y de salud como antes.

Hé aquí, porque todas las clases de nuestra Sociedad, se apresuraron á manifestar de mil maneras su regocijo por este fausto suceso.

Una prueba palpitante de esta verdad, son sin duda alguna, las mil demostraciones de aprecio que recibió desde que puso su planta en la derecha del Bravo, desde donde, hasta aquí, vino como en triunfo, en medio de los victores de la multitud y pasando por arcos y por sobre flores, recibiendo como plácemes la inocente y dulce sonrisa del niño y el llanto de emoción del adulto.

Y por último, esta velada ¿qué significa, qué la motiva, con qué fin se inició y se lleva á término? Vosotros todos lo sabeis muy bien. Ella no ha tenido otro objeto que dar un público testimonio del inmenso cariño que toda la Sociedad de Montreyy profesa al ilustre Mentor de la juventud, al desinteresado y caritativo médico, al Padre de los pobres, al Benemérito Dr. José Eleuterio Gonzalez.

Si yo me atreviera, Señores, á trazar un cuadro alegórico que representara las simpatías que nuestra sociedad tiene para el Benemérito Sr Gonzalez, me valdria en primer término de la imagen con que los antiguos romanos simbolizaban la amistad; es decir de una mujer jóven y hermosa, coronada de mirto y de flor de granado, entrelazadas con estas palabras escritas en la frente; INVIERNO y VERANO, leyéndose en una de las franjas de su manto, estas otras: LA VIDA y LA MUERTE, señalando con su mano derecha el costado, abierto hasta el corazón, y en seguida añadiria yo á ese cuadro la figura de un niño, de mirar sonriente, besando la mano izquierda de aquella jóven, como para demostrar con esto que más que amistad y más que profundas simpatías, nuestra Sociedad le profesa veneración por su saber, por su bondadoso carácter y por todas las demás virtudes que lo adornan, y que han hecho de él un modelo digno de imitarse. ¡Qué el Dios de bondad lo

conservar entre nosotros por muchos años para bien de la humanidad y para justo orgullo de Nuevo-León.—Dije.

DISCURSO del Sr. Dr. José María Lozano.

SEÑORES.

Si yo no tuviera la convicción de que lo que siente mi alma en estos momentos, también lo siente y con igual vehemencia el entusiasta espíritu de todos los que me escuchan.—Si no estuviera yo cierto de que el océano de placer en que se halla sumergido mi corazón es el que envuelve por completo el corazón de mis numerosos oyentes. Sin la íntima persuasión y sin la evidencia que tengo de que inflamados á la vez con el más ardoroso entusiasmo nos domina á todos en conjunto una fuerza interior, una fuerza suprema, confundiendo en uno solo de la manera más íntima nuestro pensamiento y nuestros afectos.

Seguramente que sin estas condiciones propicias no sería yo quien hablara ante este ilustrado y respetable concurso, que con la belleza y la sublimidad propias de su delicada cultura, consagra esta fiesta singular y de imperecedera memoria, para celebrar con júbilo infinito la segunda aurora del Dr. Gonzalitos.... asunto tan grandioso es más que suficiente para abrumar mi pequeñez.....!

Que ya mira el sol nuestro querido anciano.—Que el ilustre Doctor ha recuperado su vista para bien de este pueblo á quien él ha engrandecido con su augusta bienhechora misión!..... Que lucirá de nuevo y con más brillo en nuestro Estado y en nuestra Patria la esplendente lumbrera de su vasto saber.... es acontecimiento á que sin duda alguna forma época en nuestro pueblo. Suceso es de una importancia vital y cuya magnitud excede y es con mucho superior á lo que puede expresarse con palabras, su valor es imponderable.....y así no podríamos apeteer ni mayor ni más grato motivo para la presente solemnidad.—Tan solo anunciar este fausto acontecimiento entre los hijos de Nuevo-León, basta para despertar en sus corazones agradecidos un júbilo indescriptible, una incomparable alegría, una satisfacción sin igual....!

Feliz la sociedad que ha recibido este acontecimiento con la importancia que se merece y que ha reconocido de grado su inmenso tamaño y su valor infinito.—El pueblo que así honra al sabio y al bienhechor y que con esclarecido criterio rinde homenaje al verdadero mérito sabe conciliar diestramente sus positivos intereses con sus verdaderos deberes: se honra á sí mismo con tan nobilísimos sentimientos y prueba hasta la evidencia, que

sobre ser un pueblo todo gratitud, es también, sin duda alguna, un pueblo culto y verdaderamente inteligente.....

Yo me siento, Señores, sobria y enorgullecido, puedo decir, con pertenecer á este pueblo y con la alta honra de ser en esta vez intérprete ó más bien el eco, aunque imperfecto y débil de sus grandiosos y nobilísimos sentimientos.—A nuestra entusiasta y reconocida sociedad no le han bastado para honrar á su querido sabio y para manifestarle su profundo respeto y veneración las tiernas y conmovedoras ovaciones que por medio de comisiones respetables envié á su encuentro al volver á la madre patria; no tampoco las manifestaciones no interrumpidas de afectividad y cariño de las municipalidades del tránsito; ni el impetuoso tumulto de todas las clases que, con entusiasmo frenético y con incomparable alegría, le recibieron á las puertas de esta ciudad y le condujeron en triunfo hasta el pie del altar. Entónces los corazones enmudecidos, absortos de gozo y poseídos de un júbilo inmenso, imposible de describir, no tuvieron para el venerable anciano otro lenguaje que el de los tiernos sollozos, el de las lágrimas mudas y el de los conmovidos semblantes!.... Pero quiere más todavía nuestro pueblo para honrar á su bienhechor y para manifestar su gratitud!.....

Pasados aquellos patéticos momentos que oscurecen la mente.—Pasados los instantes de sorpresa que comprimen el corazón y que anudan la lengua. Sucédalas á aquellas fortísimas impresiones otras más suaves y tranquilas, que permiten la expansión del espíritu y la fácil expresión de los sentimientos, la sociedad se levanta en masa y entusiasmada, cual nunca, quiere hacer ostentación de su adhesión y de su amor hacia el Benemérito del Estado y de allí esta espléndida fiesta en la que, unificados los purísimos afectos de los hijos de Nuevo-León, se hace con ellos respetuoso homenaje, sencillo, es verdad, pero sincero y de corazón al ilustre Doctor, que lo merece por tantos títulos....

El es entre nosotros, como un padre, amante y venerado, rodeado de sus hijuelos.—Estos acariciando su ancianidad, edificados con sus relevantes virtudes y enriquecidos con su ternura, con su ciencia y con sus beneficios, no hallan de que manera manifestarle su inmenso amor y su incomparable cariño.... El es entre nosotros como el genio del bien.... Este anciano venerable ha tenido para nuestra dicha una misión celestial, una representación divina!.... El alivia al indigente: ha instruido al ignorante, ha luchado sin descanso por la salud del paciente y le ha dado consuelo en su dolor y le ha enjugado su llanto. Un estudio constante ha alimentado su espíritu en frente augusta la mar-

chitó el desvelo y aunque su estudio favorito es el de las ciencias médicas; como las ha abrazado con todas las fuerzas de su alma y las ha cultivado del modo más asiduo y de la manera más completa, su ciencia es universal y con propiedad se le puede llamar "El ciudadano del mundo de las letras."

Para él, vivir es trabajar y trabajando sin tregua ha consumido sus años.—El nos ha educado y también ha educado á nuestros hijos y con su ejemplo, al par que con su lábio, nos ha enseñado á ser honrados y útiles ciudadanos. . . . En suma, ha sido emblema de la luz y ha sido apóstol del bien y, sin ostentacion y sin egoísmo, y con el más amplio desprendimiento, ha empleado su fortuna y el más rico tesoro de su saber en el bien de esta sociedad, logrando elevarla al grado de importancia y al grado de ilustracion que posee.

Cuán cierto es que los sábios han sido y serán siempre la vida, la honra y la verdadera gloria de los pueblos. La ciencia une á los hombres y los eleva.

Por grande, rico y poderoso que sea un pueblo, por razon de sus condiciones materiales; por muchas minas de oro y plata que encierran las entrañas de su suelo, unidas estas ventajas á las de un cielo hermoso, de un bello clima, un aire puro y una vegeacion exuberante de ricas y variadas producciones; jamás igualará su grandeza á la de un pueblo aunque pequeño, que bajo la influencia bienhechora de un sábio, ha aprendido á ser recto, justiciero, heroico, valeroso, conocedor de sus derechos y garantías, amante como el que más de sus legítimas libertades y celoso observante de sus deberes.—Pues bien, ese pueblo afortunado es el nuestro y el sábio bienhechor que con paso firme y diestra mano lo ha dirigido por el camino de las luces y del verdadero progreso, ese génio del bien, ese ángel tutelar de esta sociedad, lo sabemos todos, es el C. Dr. José Eleuterio Gonzalez, á quien con remarcable justificacion, nuestro Poder Legislativo y por votacion unánime ya hace años ha declarado y proclamado como Benemérito del Estado! . . . Justo es, pues, que reciba ahora el dulce fruto de su laboriosa cosecha.

El nos ha enseñado en uno de sus memorables discursos, que para nosotros son joyas de inestimable valía "que la gratitud es el compendio de todas las demás virtudes y que los hombres más eminentes, cuyos nombres nos ha conservado la historia, se distinguieron por el amor y consideraciones que tuvieron siempre á sus bienhechores y á sus maestros," y nos citó á Hipócrates que juró é hizo jurar á sus discípulos el darles el mismo lugar que dieron á sus venerables padres, á Alejandro Magno, con su acrisola-

da veneracion por Aristóteles y por Anixímenes y Marco Aurelio que hizo labrar en oro las imágenes de sus maestros y las colocó y veneraba en el lugar más honorífico de su domicilio. Poniendo en práctica estas gratas y sapientísimas lecciones, aquí nos tiene hoy á su rededor nuestro queridísimo maestro, felicitándolo con toda esta sociedad y gozándonos con él por el inestimable bien que nos concede el cielo de que haya recuperado su vista: vista que había perdido velando y estudiando sin cesar para nuestro bien y para la felicidad de nuestro pueblo.—Tendremos siempre presentes sus virtudes esclarecidas y sus importantísimos beneficios.—No podemos pagar lo que le debemos; pero su ilustre nombre vivirá grabado, ya que no en planchas de oro que no poseemos pero sí para siempre en nuestros corazones agradecidos y pasará de nosotros á nuestros hijos y á los hijos de nuestros hijos cual ningun otro, amado, respetado y querido.

Siga, pues, entre nosotros, el sábio ilustre su mision.—Conduzca como hasta aquí en sus amorosos brazos á nuestro pueblo por la esplendorosa vía del saber y de la virtud: para cuya gloriosa y dificultosa tarea no es un óbice su edad avanzada. El anciano de Cos, nuestro venerable patriarca y Platon entre los antiguos; y entre los modernos el inmortal Baron Humbolt llegaron á la extrema vejez, y con su ciencia y su virtud siguieron fructificando y con abundancia hasta el fin de sus gloriosísimos dias. Además, es propio de esos génios colosales (y en esto consiste su recomendable avaricia) el aprovechar con avidez los momentos y de otra suerte con sutilísima perspicacia, en breves instantes y aun de sucesos demasiado comunes sacan ellos resultados que asombran! . . . y utilidades innumerables: riquezas reservadas á su empeño, á su laboriosidad y á sus elevadas concepciones! . . . Qué importancia tiene, por ejemplo, entre la generalidad de los hombres el descenso de una fruta que se desprende de un árbol? Qué significa ante los ojos vulgares la oscilacion de un candil pendiente de las bóvedas de un templo? Qué los colores del fris? Qué la ligereza de un cuerpo sumergido en un baño? Qué, en fin, un recipiente cualquiera, una olla conteniendo agua hirviendo y cuyos vapores con su fuerza de expansion le levantan la tapadera?

Pues bien, estos sucesos comunes que nada tienen de admirable y de extraordinario y que han pasado en instantes fugaces han bastado á los sábios para llenar al mundo de admiracion pues de ellos han sacado leyes y principios incommovibles, de fecundas é infinitas aplicaciones que han producido para la sociedad ventajas inmensas y riquezas imponderables. Así, pues, los sábios nunca dejarán de ser útiles aunque lleguen á la edad avanzada. La

edad no los mengua; ántes les imprime un hábito poderoso del estudio y del trabajo, sin los cuales no pueden e los vivir. Por tanto nuestro eminente sábio, nuestro respetado maestro, cuando ha dicho que por su crecida edad no puede servir de nada: con esas aseveraciones ingenuas, hijas de su reconocida modestia, ha pagado tributo á la falibilidad humana. Aun tiene mucho que esperar nuestro pueblo de su virtud y de su saber.

Su corazón magnánimo y su espíritu infatigable, no podrán estar ociosos y primero dejarían de existir que dejar la tarea de hacer el bien y de procurar el adelanto de nuestro pueblo y así puede asegurarse sin temor de equivocarse, que nuevos triunfos le esperan y que en su ancianidad veneranda habrá de recibir sin duda nuevos laureles.

Dios alargue sus días y multiplique sus años para bien del Estado y para honra de nuestra Patria y que reciba en abundancia el fruto delicioso de sus bienhechoras tareas. Siga siendo el Dr. Gonzalez el mentor de la juventud, el consuelo del indigente, el alivio de los que sufren y la salud de los que padecen.

Siga siendo el prudente consejero y el sábio Director de los que profesan las letras, y entre éstos, su intachable conducta sirva de elocuente reproche para quien desdiga de su enseñanza ó que menosprecie su ejemplo y de bello modelo y de noble emulacion para los que aspiren á tanta gloria. En fin, siga siendo como hasta aquí la luz de esta sociedad y el padre de nuestro pueblo. El premio de sus virtudes y el galardón de sus méritos no cabe aquí en la tierra; pero él será siempre el timbre más glorioso del Estado de Nuevo-Leon y su ilustre nombre y su gratisimo recuerdo vivirá entre sus conciudadanos, lleno de eterna gloria y pasará á las futuras generaciones con memoria imbercedera.

Monterey, Enero 19 de 1884.—J. M. L.

COMPOSICION poética leída por su autor en la velada literaria que, en honor del Benemérito Dr. José Eleuterio Gonzalez, preparó el pueblo de Monterey.

No necesitas canticos, tu historia
Es el himno solemne de tu gloria
P. TOVAR.

No por fútil placer que el ocio ahuyenta
Ni por orgullo vano,
Expontáneo y magnífico se ostenta
El concurso de un pueblo soberano.

Ni al impulso fugaz de esa avenida
Que en fuego y hierro corre y se derrama
Tras si dejando ensangrentado el suelo;
Despie ta estremecida
Y deja el lecho la guerrera fama.
Rompiendo del pasado el negro velo
Y alzando la memoria,
Do su inmensa voráGINE repite
Con resonante ruido,
¡Cara á la humanidad! la triste gloria
Que en bastardo consorcio nos trasmite
Los ayes lastimeros del vencido
Y el grito aterrador de la victoria.

Léjos de aclamaciones estruendosas
Que animan el patriótico contento;
Del nido de violetas y de rosas
Que púdica modestia le atesora,
Al suave suspirar del sentimiento,
De emulacion mas santa,
La fama del saber encantadora
La gratitud levanta;
Y grande en su humildad, más no atrevida,
Cautiosa y sonriente aquí se allega
A presidir la fiesta esclarecida,
Que á la familia neoleonés congrega.

La gratitud! esa virtud sublime
Mil veces sojuzgada al egoismo
De la negra ambicion ó la perfidia;
Rompiendo el férreo yugo que la oprime
Forma su pedestal de la irrisoria
Estátua carcomida de la envidia,
Para mejor enaltecer su gloria,
Y en el seno de un pueblo que profesa
Un culto á la virtud, y su honra aduna
A la honra de sus hijos más queridos,
Muestra su faz de espléndida belleza
Y en cada pecho forma una tribuna
Donde son repetidos,
Los cantos que su excelso honor demande
Ya que ese pueblo en su homenaje aspira;

Noble y grande como él, que es noble y grande
Ya que la santa gratitud lo inspira.

¡Sublime gratitud! Tú eres la ofrenda
Con que el desheredado
Y el infeliz, el pobre, el pordiosero,
Olvidando su misera vivienda,
La rigurosa tirantez del hado,
El hambre horrible, el infortunio fiero
Que su soga voraz ni el llanto sacia,
Arrancando con su rostro lisonjero
Lágrimas de placer á su desgracia,
Pagan con lágrimas el bienpreciado.

¡Sublime gratitud! Tú eres emblema
De esa moneda inapreciable, extraña
Con que el joven y el niño;
Este al impulso de inocencia extrema,
Aquel al suave empuje que acompaña
Al sincero respeto y al cariño,
Dulce sonrisa llevan á sus labios,
Nacarado rubor á la mejilla,
Y en las manos un dije como apresto
Para recompensar con fé sencilla,
Tantos consejos sábios,
Desvelos y fatigas del maestro.

La gratitud ayer en pleno día
Aliebró un nombre venerando,
Con cariñoso acento,
Que aún hoy se escucha por la patria mia,
Por doquiera su voz electrizando,
Hasta el siempre insensible retraimiento,
Las masas populares conmovia,
Para ir á contemplar de cerca al hombre
Que entonces vió, de lentes desprovisto,
Uno en la causa, en los efectos uno,
A todo un pueblo deificar su nombre:
Como antes otro alguno no lo ha visto,
Como tal vez no lo verá otro alguno.

Aquel hombre benéfico tornaba
Al sosegado hogar de la familia;

Al suspirado hogar que recordaba
El improbo trabajo y la vigilia;
Al teatro de su amor que en abundancia,
Consagró al adelanto y al progreso;
Donde mudos testigos
De su desprendimiento y su constancia,
Son esas moles de granito y yeso
De la miseria descarnada abrigos;
Donde á cabo llevó hasta el sacrificio
Del bienestar procomunal en aras,
Una mejora, un grande beneficio
Aquí una noble acción allá un ejemplo
De su virtud y caridad preclaras,
Desde el rincón oscuro del hospicio
Hasta el alazar de Minerva Templo.

¡Dichos y Patria que absorbió en su seno
La lágrima primera de sus ojos!
Y más dichoso el suelo hospitalario
Que arrancó de sus labios el veneno
Del fiero desengaño y sus enojos;
Y es hoy depositario
Del ilustre y modesto peregrino
Obrero del saber, génio fecundo,
Que marca cada paso por el mundo
Alfombrando de bienes su camino.

¿Quién no debe al mentor, al predilecto
Médico del que sufre, al padre amante
De nuestra juventud aprovechada,
Una valiosa prueba de su afecto,
La salud, el vivir ó la brillante
Reputacion de sábio cimentada?
¿Quién no le arranca al generoso pecho
Esos recuerdos mágicos, benditos
Con que en pasadas épocas han hecho
Alegórico el nombre "Gonzalitos",
El rico, el pobre, el joven, el anciano
Y el inocente y descuidado niño,
Dando en estilo llano
El vocablo mejor de su cariño?

¿Quién no tiene á la vista palpitante

Su sublime misión en este suelo,
 Donde jamás ociosa ni tranquila
 Su pluma de escritor tuvo un instante,
 Hasta que del cansancio el negro velo
 Oscureció la luz de su pupila?
 ¿Quién no mantiene en su memoria viva
 La espléndida ovación de que fué objeto,
 Para sorpresa del extraño y pasmo,
 Por una numerosa comitiva
 Ebria de admiración y de respeto,
 Y fervido entusiasmo;
 Cuando al impulso de la mano experta
 De un hábil profesor y á los cuidados
 De dos de sus discípulos amados
 La hermosa luz á recobrar acierta?

Apóstol de la ciencia no te hiera
 La desnuda verdad de mi lenguaje,
 Más que mi humilde rima,
 De la expresión de mi alma, mensajera;
 Que si le falta el poético ropaje,
 Tiene en cambio la estima
 Con que la viste gratitud sincera.
 Mejor que notas sueltas de mi canto
 Pueden pintar la página gloriosa
 De tu preciada vida,
 Un rostro alegre que secó su llanto
 Con tu mano piadosa:
 Del pobre jóven el cariño santo;
 Y el agradecimiento inimitable
 Con que desahoga sobre el pecho amigo,
 El único placer que al miserable
 Le hace olvidar el nombre de mendigo.

Próvido labrador, de vírgen tierra
 Do encadenados duermen
 Elementos de fuerza poderosos,
 El seno rasga, y escogido encierra
 Exuberante y vigoroso gérmen,
 Que dócil al cultivo, dé copiosos

Esos ópimos frutos que apovecha
 En el tiempo feliz de la cosecha.....

Felice tú que el fruto has recogido
 De tus rudos trabajos y desvelos;
 Que en esta humana vida, transitoria,
 Exento de temores y recelos,
 Te has visto bien querido;
 Y has agregado á tu tranquila gloria
 La bendición de un pueblo agradecido.
 Monterey, Enero 19 de 1884.—Juan J. Barrera.

DISCURSO del Sr. Dr. Lorenzo Sepúlveda.

SEÑORES:

Bien seguros estábamos que todos vosotros habíais de acudir solícitos á la fiesta de hoy, preparada con general beneplácito para honrar, aunque débilmente, y no como se debiera, á una de las principales figuras con que el Estado de Nuevo Leon se enorgullece en contar como á uno de sus hijos más ilustres.

Yo bien sé, señores, que las más nobles laudatorias y los más nobles encomios, por más finos que ellos sean, lastiman y mortifican la delicada modestia del ilustre sábio, á quien ahora rendimos un simple homenaje de veneración. Y ya me figuro las tiernas reconvenciones que nos hará mañana por los débiles elogios que involuntariamente se nos escaparan de nuestros discursos; pero yo, por mi parte, estoy dispuesto á sufrirlos, con tal que vosotros sepáis tambien tolerar la escasez de mi talento y la torpeza de mi lenguaje. Siendo así, comencemos de una vez.

Jamás se cansa la inteligencia humana en admirar la virtud donde quiera que ella se halle, y sabéis porqué, porque el alma siempre gusta en descubrir lo que más se le oculta.

La virtud, hermana inseparable de los corazones nobles, se abriga siempre en las almas sentimentales, y busca en ellas seguro escondite, donde escapar á curiosa mirada que penetrar quisiera el velo de la más fina modestia. Para ciertas almas, la virtud más noble consiste en saber ocultar la virtud.

La virtud es en el cielo de la criatura humana el astro lumínico que alumbrá con luz purísima la esfera de sus acciones, y no basta la capa de la más firme modestia para impedir que los más vivos destellos que emanan de un corazón virtuoso se trasluzcan por

sobre la humildad más resignada, como no bastan tampoco los más espesos y negros nubarrones para impedir que el astro rey del firmamento mande su luz vivificadora hasta las profundidades del Océano.

La virtud, siendo hija del corazón, no deben proferirla los labios para que no deje de ser virtud.

La primera obra que el Creador formara fué la luz, y la luz alumbrando al mundo terminará con la consumación de los siglos. La primera obra del hombre al llegar á la vida es la virtud, y mientras la razón le guía en el sendero de sus destinos, la virtud será con él hasta la consumación de los días de su existencia.

El hombre al nacer inaugura su entrada al mundo con uno de los más bellos rasgos de virtud que embellecen á la criatura humana, con ese cariño instintivo y puro que, cuando todavía envuelto en los limpios ropajes de la inocencia, tiene á su tierna madre, que inspirarlo sabe con el primer beso que sobre su frente imprime.

Nace el hombre y es querido: hé aquí el eterno ideal de su existencia.

Nace el hombre y nace queriendo: hé aquí el principio de la virtud.

Querer y ser querido, querer y hacer querer: hé aquí la fórmula que le señala su misión sobre la tierra.

El primer grito, yo no sé si de dolor ó de que otra cosa, que el hombre exhala desde que pisa los umbrales de la vida, es la chispa que enciende la inmensa hoguera de amor que para él encierra el corazón de sus padres. Y si él llora cuando nace y es querido, él también más tarde, querer debe á los que lloran; queriendo á los que lloran quiere á los que sufren, y el que sabe sufrir cuando otros lloran y llora cuando otros sufren, sabe que en esto estriba la virtud más noble que agradar puede á los ojos del Creador.

Para las almas virtuosas está reservada la conquista del cielo; pero si á más de virtud hay saber, á más del cielo está la inmortalidad.

Gloria y renombre, aprecio en la generación presente y admiración en la posteridad: tal es el premio que se reserva para quien sepa reunir la virtud del justo con el vasto entender del sábio.

Nosotros, ahora, rendimos culto á la virtud y al saber; rendimos culto á quien ha sabido querer y hacerse querer; á quien ha sabido impartir su ciencia con sin igual empeño lo mismo al chico y al magnate, que al pobre y al desvalido; á quien ha sabido hacer iguales en su corazón á todas las clases sociales, alargando su mano con el mismo cariño al rico que al infelicitado, sin preferir á nadie so-

bre alguno. Pues con la misma solicitud que atiende á unos al calmar sus dolores, atiende á otros, sin fijarse en si pisa las blandas alfombras de rico salón ó el desahogado suelo de choza humilde.

El Estado de Nuevo-León, si alguna reputación se merece en lo que toca á ilustración y adelanto, es sin duda alguna al infatigable celo del sábio Doctor Gonzalez á quien se debe en su mayor parte. Y el Estado ha sabido ya premiar sus trabajos; ora, llamándole á la primera Magistratura y colocando en sus manos los destinos del pueblo; ora, elevándole á la muy alta categoría de Benemérito; y siempre dispensándole las más justas consideraciones como padre de la ilustración nuevoleonense.

Pero, no es esto todo: si bien es verdad que mucho le han de alhagar las consideraciones que oficialmente se le prodigan, más le han alhagado las manifestaciones espontáneas que el pueblo ha sabido tributarle. Yo no quiero referirme á las mil ovaciones con que en diferentes épocas se le haya acogido siempre, quiero tan solo mencionar la ovación última, en que el ilustre sábio ha recibido una prueba palpable del muy grande y merecido cariño, con que sus conciudadanos le tratan y el especial cuidado que por él se toman.

Ya muy avanzado en el camino de la vida, á consecuencia de los afanes de su penosa profesión, á las mortificaciones de un estudio largo y continuado, y á las penas que la enseñanza de numerosos discípulos por largos años le causaran, el sábio maestro sufre el dolor terrible de ser privado de la facultad de ver. El pierde sus ojos, y llega, ántes de terminar con su existencia, á ver al mundo envuelto en negras tinieblas; la luz se había acabado para él; todo era noche eterna, sombría y confusa oscuridad envolvía su ser; ya no podía observar los astros en su carrera, rodando en el espacio, ni observar tampoco los meteoros atmosféricos que pudieran suceder.

El que ántes nos enseñara los misterios de la Naturaleza que la Química ha llegado á descubrir, no podía ya dirigir nuestros procedimientos. El que ántes nos enseñara á llevar nuestro escarpelo con mano segura sobre el cadáver del hombre para estudiar la intrincadísima estructura del organismo humano, no podía ya guiarnos en tan difícil trabajo. El que ántes nos enseñara á penetrar los dominios del microscopio y recorrer las ocultas regiones de inmenso campo que cada día más se llena de nuevas conquistas, no podía ya mantenernos al nivel de los descubrimientos. El que ántes se acompañara con nosotros para llevarnos al difícil terreno de la práctica de la cirugía, en que admirábamos su

destreza que honrara á los mejores cirujanos, no podía y dejar-
nos abierto su libro práctico en que aprovechábamos e n solo pre-
senciar su habilidad operatoria. En fin, señores, aquel que ántes
acudia siempre solícito y siempre pronto á calmar los dolores de
aquellos que resbalando al borde de la tumba imploraban su so-
corro, no podía ya llegar se á sus lechos, mitigar sus penas y auxi-
liarle con los medios de que dispone la ciencia.

Podíamos decir que se nos habia cerrado el libro de nuestra en-
señanza práctica; pero no se nos cerraban las puertas de su gabi-
nete, donde constantemente instruyendo y constantemente ense-
ñando, pasaba con admirable resignacion sus dias de os ur dad.

Y como quiere la Naturaleza que por una de esas felices ope-
raciones que hablan muy alto en pró de la cirugía, el sábio Doc-
tor recobra la facultad de ver, y vuelve entónces á entrar de nue-
vo en su antiguo campo de accion.

Sus discípulos, sus amigos, la sociedad tola de nuestro pueblo
se pone de plácemes desde que á nosotros llegara la noticia, que
el más feliz éxito habia coronado la operacion que en los ojos su-
frierá: único objeto que pudo obligarle á dejar su patria para alle-
garse al extranjero.

Entónces, Monterey, la Sultana del Norte, como se ha dado en
llamarle, la ciudad más ilustrada de la frontera de la República
Mexicana, preparase desde luego para recibir en su seno al más
ilustre y al más querido de sus hijos. Al hijo, que se ha sabido dar-
le renombre y darle progreso; al que ha sabido elevarla á la muy
alta categoría que en ilustracion le corresponde; al que ha sabido
consagrar su vida entera á su engrandecimiento, con todas las
fuerzas de que un sábio puede ser capaz y con toda la prevision
de que un génio puede disponer, logrando de ese modo formar su
monumento de gloria en el corazon de sus conciudadanos, que es
el umbral más seguro por donde se llega al Santuario de la in-
mortalidad.

Monterey, preparándose como lo hacia para recibirle de nuevo
en sus hogares: era como la madre cariñosa que abria sus brazos
para estrechar al hijo querido que por unos cuantos dias se le es-
capara de su seno: era como la casta esposa que con sus mejores
afavjos y armada de sus hechizos y sus encantos se disponia para
acariciar el delirio de sus ensueños: era como la tierna hija, que
muy mimada, se precipitaba á los brazos del padre querido que
tanto le ha cuidado y tanto sabrá todavía cuidarle.

Sean los pueblos que se llaman ilustrados, la manera con que
se honra á los bienhechores de la humanidad; sepan como se ha

de venerar á la virtud y á la ciencia, que en este curso, Monterey
ha sabido ser maestra.

Y no dirán las generaciones venideras que hemos permanecido
indiferentes á la voz de la gratitud; no dirán que no rendimos
debido culto al génio, al talento y al saber.—HE DICHO.

*DISCURSO pronunciado en la Velada Artístico--Literaria, por la
Srita. Maria Garza Gonzalez.*

SEÑORES:

Invitada por la junta que tiene el encargo de arreglar esta ve-
lada en honor del Benemérito Dr. José Eleuterio Gonzalez, me
proporcionó un inmenso gozo, como es el de manifestar los senti-
mientos de que me hallo poseída en esta vez que se celebra un
grandio o acontecimiento, el más noble de los que se han conme-
morado, y el primero de su especie; aunque mi lenguaje es muy
humilde, tan humilde, que no puedo expresar lo que siento. ¡Ah!
si mis lábios pudieran producir con facilidad lo que siente mi alma!
fuera muy feliz, pero no es así: solamente me anima la indul-
gencia de las personas que me escuchan.

Fiada en esto, ocupo por un momento vuestra atencion, no pa-
ra cantar las glorias de la patria, ni para encomiar las victorias
del guerrero; pues no ha sido esa la causa de encontrarnos reuni-
dos en este lugar; pero sí para ensalzar los triunfos de la Ciencia;
venimos á depositar una ofrenda en sus aras, venimos á ofrecer
nuestro tributo al Mentor de la juventud.

En una época en que las turbulentas pasiones políticas embar-
gaban los ánimos y ocupaban el espíritu, no se pensaba más que
en salvarse de una guerra extranjera, con aquella idea fija en la
mente no se miraba para el porvenir, el que se presentaba á la
nueva generacion, borrascoso y lleno de bruma; la senda por don-
de cruzaba era lóbrega y sombría, una densa niebla cubria los ho-
rizontes y caminaba con pasos vacilantes por una pendiente res-
baladiza; se necesitaba una mano fuerte, una mano vigorosa que
rasgara la espesa venda que se presentaba como una ejida invul-
nerable á los ojos de esa naciente generacion.

¿Pero, dónde? ¿Quién pensaba en tan grandiosa idea?... Un
cerebro soñador, un Redentor de la juventud, porque así puede
llamarse, que comprendiendo la situacion, veía con su mente la
institucion de un colegio, donde pudieran ocurrir en masa las cla-
ses todas de la sociedad á refrescar su frente en las fuentes del
saber. No descansó un momento hasta ver cumplidos sus deseos,

y despues de vencer las mil dificultades y tropiezos, que se presentan siempre que se propone un fin noble, quedó convertido en director y catedrático á la vez.

Al poco tiempo, miran sus educandos una estrella luminosa que se perdía en el Ocaso, semejante á un lucero que aparece despues de una noche de tempestad; unos á otros se preguntan ¿qué será? y ansiosos quieren llegar á ella, con la mirada siempre fija en aquella luz misteriosa, y comprendiendo que con la constancia y el trabajo lograrán sus aspiraciones, no descanzan y avanzan más y más hasta terminar su jornada.

Luego, ven con satisfaccion que aquel faro que los fascina con su fulgor, es la antorcha de la Caridad, iluminando á la Ciencia, porque tambien un hospital fué creacion de su pensamiento, un hospital donde pudieran sus discipulos estudiar los diversos casos de enfermedades que se presentan, á la vez que prestar abrigo y consuelo á aquellas personas que faltas de recursos y familia no saben donde reclinar su cabeza cuando se quebranta su salud.

La creacion de un colegio donde tambien se ejerce la caridad, admitiendo grátis á los que cuentan con un escaso patrimonio con el que no les es posible pagar su colegiatura, es una accion noble; pero más sublime la fundacion de un hospital, de una casa de beneficencia. Allí se practica la más grande de las virtudes, allí se alberga y sustenta el pobre á quien acometen las enfermedades, donde encuentra el refrijerio de su salud, ó un lecho donde descansar sus últimos dias; pero muere con la satisfaccion de que no es el abandono, ni la falta de cuidado los que cortan el hilo de su existencia; de que hay quien recoja su último suspiro y una mano benigna que cierre sus párpados.

¡Cuántos no riegan con lágrimas de reconocimiento aquella mano bienhechora que con tanto acierto cura sus heridas! y ¡cuántos no bendicen á aquella persona que les dá abrigo y sustento, á la vez que los medicamentos en sus largas y penosas enfermedades!

Quien registra en los anales de su vida, hechos tan gloriosos como estos, debe sentirse feliz; una aureola de dichas y contento circunda su corazon, experimenta la más grata de las satisfacciones; no porque sienta vanagloria de las virtuosas acciones que ha practicado, pues en un corazon tan noble no cabe la soberbia; por el contrario, recibe con humildad los homenajes que se le tributan. Dotado de una inteligencia nada vulgar, con la constancia en el estudio, adquirió vastos conocimientos en la Ciencia, y comprendió como un deber el imparirla entre sus semejantes.

La Providencia premia su buena conducta, su profundo cono-

cimiento en el saber, y baja la sublime inspiracion al cerebro soñador y se convierte en génio; pero no descansa, hecho cargo de la sagrada mision del magisterio, quiere comunicar mejores adelantos á sus discipulos y procura obtener mayores conocimientos, se dedica con ahinco á adquirir lo que ambiciona y tanta constancia en el estudio le hizo debilitar su vista y perderla por completo.

Al que por tanto tiempo habia dado la luz á la inteligencia, le faltó para sus ojos. Le faltaron á los ojos de su cuerpo, pero no á los de su alma; esos brillan con una luz tan pura que no logrará apagarla ni la accion del tiempo; la luz del génio siempre es viva y vé más que el ojo de mejor perspicacia.

En las tinieblas tambien practicó su santa Caridad, no veia para escribir; pero dictaba, y los discipulos reproducian los pensamientos del Maestro: no veia á los pacientes que reclamaban sus cuidados en la ciencia, pero los auxiliaba opinando los medicamentos que se les aplicaran para alivio de sus enfermedades. Sufría con resignacion el mal que le privaba del más bello de los sentidos; pero no dejó de ejercer su sacerdocio, ya como Maestro ó padre de la humanidad doliente.

Por algun tiempo, vivió privado de la luz y de pronto concibe una idea, juzga que no es posible permanecer por más tiempo en la oscuridad y le alienta la esperanza, ese aliciente que en las grandes tormentas de la vida hace tolerable la existencia; ese ángeles compañero de la Caridad, le anima, le llena de confianza para conseguir lo que tanta falta le hace y con una fé ciega se dirige á un país extraño en busca de otra lumbrera, en busca de una ciencia poco adelantada en el suelo natal, lo consiguió al fin, y obtuvo un óptimo resultado. ¡Gloria á la ciencia!

La Providencia por mano del Doctor Knap, apartó la catarata que le privó de la claridad, rompió el negro crespon que le envolvía en las tinieblas; como para manifestarle la grandeza de la obra que hizo cuando él, con su elocuencia y su saber, disipó la densa niebla que cubria la senda de la juventud, la que yacia envuelta en la ignorancia, y caminaba por un desierto lóbrego.

El abate Vicente de Paul ejerció la caridad con los pobres; pero más particularmente con los expósitos para quienes instituyó un hospicio; y el Dr. Gonzalitos la ha ejercido y la ejerce con los jóvenes, educándolos é instituyéndoles colegios y cátedras, y con los adultos fundándoles un hospital y llevando la salud hasta á las más humildes chozas.

Con justicia todo el pueblo en masa se agrupa á recibir al padre de la humanidad, á porfía quieren ser los primeros en llegar á

donde él está y darle la bienvenida, y á cual más quiere hacer pública su demostracion. El regocijo es general, todos se conmueven, desde el niño hasta el anciano, desde el proletario hasta el opulento. Unos se consideran sus nietos, otros le llaman padre, y los de mas edad le dicen compañero. ¡Felices quienes pueden darle estos títulos!

Pero á la que no le es permitido darle ninguno de éstos, se contenta con darle gracias al Eterno por los inmensos beneficios que ha recibido el génio progresista, el mentor de la juventud y padre de la humanidad doliente.—Dije.

COMPOSICION poetica leída por el Sr. Eulogio Maldonado.

Era muy niño; cuando excelso nombre
Un pueblo pronunciaba conmovido,
Altares levantando su renombre
En cada corazon agradecido.

Y ¿sabéis de quién era? De un anciano
Lleno de fé, de abnegacion, de creencia;
De nuestros sábios bendadoso hermano,
Esclarecido apóstol de la ciencia.

Del mundo las terribles tempestades
En su gigante corazon no hirieron,
Y al despreciar las necias vanidades
Filósofo doquier siempre lo vieron.

La virtud y el honor fueron su guia,
La práctica del bien todo su anhelo;
Y endulzaba la horas de agonía
Llevando al pobre bienhechor consuelo.

¡Egregio gladiador! de la ignorancia
Los velos desgarró con férrea mano;
Y abriendo escuelas á la tierna infancia
La enseña á ver un porvenir cercano.

Y al activo doncel, al fuerte mozo
Henchido de ambicion, lleno de vida,
Muéstrale un lauro rico, esplendoroso,
En los confines de su erial partida.

Y al héroe oscuro que en la negra huesa
El polvo del olvido ha sepultado,
Exhumando su nombre y su grandeza
De la historia en los libros le ha grabado.

Despues, de noble inspiracion al fuego

Laborioso las plantas investiga,
Ultimo fruto que el iustre ciego
Nes legara en su afan con mano amiga.
¡Sacerdote inmortal! á quien levanta
Su apoteosis en vida un pueblo entero,
A quien el ángel de la gloria canta,
Como del bien al incansable obrero.

Si de este mundo los punzantes cardos
Tu planta hirieron sin piedad alguna,
Tambien de rosas y de frescos rardos
Te brindó sus guinaldas la fortuna.

.... Hoy vuelves á nacer; ya tu talento
Nuevos arcanos buscará afanoso,
Y otra vez nos darás, con dulce acento,
Tus consejos de padre cariñoso.

Y ya que al cielo bondadoso plugo
Que de nuevo á la luz vuelvas ahora,
Arranca al pobre del dolor el yugo
Y muestra del saber la santa aurora.

Monterey, Enero de 1884.

EULOGIO MALDONADO.

¡¡Saludo á Monterey!!

MELOPEA leída en la noche del 19 de Enero de 1884 en la Velada Artística Literaria, dedicada al Sr. Dr. José Eleuterio Gonzalez, por su autor J. V. Francesconi.

Sin poder producir ningún sonido,
Dejé mi lira con discordes notas,
Cubierta con el polvo del olvido,
En un rincón del corazon herido,
Muda, quebrada y con las cuerdas rotas.

Jamás pensé que en venturoso día
La volviera á pulsar en mi contento,
Ni pude imaginar, ni presumia,
Que gozara tranquila el alma mia,
Embriagada de un puro sentimiento.

El júbilo tan grande y verdadero
Que el alma manifiesta á un sér querido....

Desde el rico hasta el triste pordiosero.....
La justa gratitud de un pueblo entero,
Para un sér que es de todos bendecido
Me trajo á e te recinto. No curioso
Como el que adula y de continuo miente,
Y está de sus palabras receloso;
Yo vine con objeto cariñoso,
A hacer palpab'e cuanto el alma siente.

Aquel que observa y de continuo mira....
Aquel que escucha y de continuo calla....
Aquel que en torno de mentis gira.....
Que con lo grande y lo sublime inspira
Al pobre corazon con quien batalla.....
Aquel que vá de inspiracion sediento
Y encuentra un sér que lo sublima todo.....
Que arranca risas, donde está el lamento,
Que do quiera consuela el sufrimiento
Y cambia en noble sér, el súcio lodo.....

Aquel que oculta su dolor bendito,
Y arranca risas cuando su alma llora....
Aquel que apaga del dolor el grito,
Que el criminal arranca del delito
Y que mundos de bienes atesora.....
Cantar quiero ese sér, en mi alegría
Porque la gloria en mi favor resulta,
Sol de bondad, cuando aparece el dia,
Angel guardian, entre la noche umbría,
Astro que brilla, cuanto más se oculta.

¿Escuchais a'lá á lo léjos,
El llanto de un pobre niño
Sin hogar y sin aliño,
Y sin quien le dé consejos,....
De hambre, tal vez muriendo,....
Por todos abandonado?.....
Un sér veréis á su lado
Que con él, está sufriendo.

¿Escuchais algun lamento
Que vuestro pecho taladre....
El gemido de una madre

Cuyo horrible sufrimiento
Causa muerte decidida
De su idolatrado hijo?....
Pues hay un sér allí, fijo,
Que lo devuelve á la vida.

¿Mirais séres desgraciados
Sin recursos....esparcidos....
Enfermos cuyos gemidos
Del mundo son ignorados?....
Pues hay un sér cariñoso
Que mitiga el sufrimiento
Que les dá hogar y alimento
Lecho, salud y reposo!

Un álbum tiene bendito!
Que forjó en horas de calma,
Con negras penas del alma,
Y con lágrimas escrito,
—No solo aquí en Monterey
Existe ese sér querido.....
¡Grande existe por do á ido!
Y en el orbe entero es rey.

No rey tirano y bandido
Cuyo capricho es su ley
Y que su humillada grey
Le vé siempre aborrecido,
No rey, ¡verdugo ambicioso!
No rey!.....¡cobarde asesino!
No rey...que forjó el destino
Cuando el vicio estaba ocioso.

—Es rey, sin tener blasones
Rey sin miser as, ni encono,
¡¡Rey!! que tiene un noble trono
En todos los corazones.
Rey por amor elegido
Y que solo, para ejemplo,
En el hospital un templo
Formó para el desvalido.

Alma templada en amor,

Forjada en el sentimiento,
Astro de luz y talento,
Que prodiga su calor
A la juventud temprana;
Que sigue ansiosa su huella,
Y que por do quier destella
Su gloria regionmontana.

Por niquel no cambia el oro,
Ni mira su solo bien,
Ni lleva sobre su sien,
La corona del desdoro.
Sin ser Cristo, en su delirio
Por hacer el bien do quiera,
Conquistó, llevndo entera,
La corona del martirio.

Su tiempo gastó en pensar
Beneficios que vá á hacer,
Y gana, para perder
El tiempo para llorar.
Ese sér camina en pos
De la caridad, que es nube
Que escalándola, más sube
¡¡Hasta encontrarse con Dios!!!

Vuestros nobles corazones,
Vuestros pechos palpitantes,
En estos dulces instantes
En melódicas canciones . . .
Os revelan . . . ¡no lo dudo!
Sus sentimientos benditos . . .
Ese sér es . . . ¡¡Gonzalitos!!
¡¡¡Monterey!!! . . . ¡Yo te saludo! . . .

Ciencia y Virtud.

ALEGORIA DRAMÁTICA EN UN ACTO.

Por E. Gorostieta.

PERSONAJES. ACTORES.

Marta.
La Caridad.
Un anciano que represente la Prudencia.
Un Doctor.

Sra. Luisa Gonzalez de Villalongin.
Sra. Maria Rodriguez de Alonso.
Sr. Alonso.
Sr. Villalongin.

(Epoca Actual)

ACTO UNICO.

(El foro representa el patio de una casa pobre: á la izquierda, una puerta que dá entrada á la habitacion: á la derecha otra, practicada en la barda: al frente barda que deja ver el fondo del escenario.-- Tempestad.)

MARTA, EL ANCIANO Y LA CARIDAD.

ESCENA I.

MARTA, (Sola.)

Que hago por ellos ¡ay! Virgen purísima,
Sola! y en noche tormentosa y cruda,

Forjada en el sentimiento,
Astro de luz y talento,
Que prodiga su calor
A la juventud temprana;
Que sigue ansiosa su huella,
Y que por do quier destella
Su gloria regionmontana.

Por niquel no cambia el oro,
Ni mira su solo bien,
Ni lleva sobre su sien,
La corona del desdoro.
Sin ser Cristo, en su delirio
Por hacer el bien do quiera,
Conquistó, llevndo entera,
La corona del martirio.

Su tiempo gastó en pensar
Beneficios que vá á hacer,
Y gana, para perder
El tiempo para llorar.
Ese sér camina en pos
De la caridad, que es nube
Que escalándola, más sube
¡¡Hasta encontrarse con Dios!!!

Vuestros nobles corazones,
Vuestros pechos palpitantes,
En estos dulces instantes
En melódicas canciones . . .
Os revelan . . . ¡no lo dudo!
Sus sentimientos benditos . . .
Ese sér es . . . ¡¡Gonzalitos!!
¡¡¡Monterey!!! . . . ¡Yo te saludo! . . .

Ciencia y Virtud.

ALEGORIA DRAMÁTICA EN UN ACTO.

Por E. Gorostieta.

PERSONAJES. ACTORES.

Marta.
La Caridad.
Un anciano que represente la Prudencia.
Un Doctor.

Sra. Luisa Gonzalez de Villalongin.
Sra. Maria Rodriguez de Alonso.
Sr. Alonso.
Sr. Villalongin.

(Epoca Actual)

ACTO UNICO.

(El foro representa el patio de una casa pobre: á la izquierda, una puerta que dá entrada á la habitacion: á la derecha otra, practicada en la barda: al frente barda que deja ver el fondo del escenario.-- Tempestad.)

MARTA, EL ANCIANO Y LA CARIDAD.

ESCENA I.

MARTA, (Sola.)

Que hago por ellos ¡ay! Virgen purísima,
Sola! y en noche tormentosa y cruda,

Madre de los que lloran, vé mi duelo,
 Ten piedad de mi bárbara amargura.
 Mi amado espo o allí..... ¡pobre Fernando!
 Tal vez la copa de la muerte apura;
 Y el hijo de mi amor, mi tierno niño,
 Hambriento llora en miserable cuna.
 Fuiste esposa también y fuiste madre,
 Ten, Señora, piedad de esas criaturas:
 Son pedazos que arranca de mi alma
 Implacable y fatal la desventura.
 Todo me falta ya... vigor y esfuerzo
 Se agotaron, menguados por la lucha,
 Estal'a el corazón, quiere romperse,
 La fé vacila y el cerebro duda.....
 Corrí afanosa, mendigué llorando,
 Llamé á todas las puertas, y ninguna
 Se abrió para ofrecer ni una esperanza
 A mi indecible afan y mis angustias.
 Piedad, madre, piedad, todas las almas
 Sordas hallé para mi llanto y mudas....
 Desesperado mi dolor inmenso
 En tu bondad inmensa se refugia.

(pausa.)

La caridad, falaz sed de loores,
 Que se agita en el alma vanidosa,
 No prodiga en la sombra sus favores
 Y del dolor callado huye medrosa.
 De la ciencia benéfica el amparo,
 Su abnegada asistencia bienhechora,
 Vanal consuelo que se vende caro,
 Vedado así para quien pobre llora.
 Quimeras, nombres, que llorando invoca
 Para calmar su duelo la esperanza,
 Sombras que el alma, de pesares loca,
 Sigue febril y que jamás alcanza.
 Lloro el mendigo y desdeñosa y fría
 La feliz multitud oye su queja,
 Y agoniza y se muere y sorda, impía,
 Oscuro y so o agonizar le deja.

(pausa)

Cielo santo, se queja, llora triste....
 ¿Para qué desdichado así me llamas?
 ¿Preguntas si encontré lo que pediste?

¿Al hijo de la ciencia me reclamas?
 ¿Y que voy á decirle?... que desp'ecio
 Inspira la desgracia que le hiere,
 Que la ciencia del hombre tiene un precio
 Que en espantosa soledad se muere..... (pausa.)
 Se muere ¡desdichada! y nada puedo
 Cuando la voz de su dolor me ruega,
 Cuando mi pecho razga su gemido
 Y el estertor de su agonía me hiela....
 Aguarda, junto á ti, sobre mi seno
 Reclinada tu pálida cabeza,
 Recogiendo en mi pecho tus suspiros,
 Nos hallará la muerte cuando venga.
 Todo, todo á la vez nos abandona
 Todo, todo á la muerte nos entrega;
 Nada te puedo dar en tu agonía,
 Mi vida voy á darte espera; espera:
 Los hombres en su duelo te dejaron,
 El mismo Dios su proteccion te niega....
 El amor sin igual, pero... impotente
 De tu esposa infeliz solo te queda.
 Morirémos los dos; vuelo á tu lado.....

(hace ademán de entrar y retrocede.)

¡Jesus! mi hijo, me llama, suerte negra,
 Yo no puedo morir, ¿quién cuidaría
 Del inocente niño aquí en la tierra?
 No, no puedo morir, el hado impío
 Con furor á la vida me sujeta:
 La caridad irónica sonr'ie
 Escuchando el crugir de mi cadena.
 Del humano saber los sacerdotes
 Se burlan despiadados de mi pena,
 La ciencia y la virtud: sombras mentidas
 Hijas de satanás ¡malditas sean!
 Malditas para siempre.....

ESCENA II.

ANGIANO.

(entrando por la derecha.)

¿Quién maldice
 O ruin ó temerario de la ciencia,

Y cediendo cobarde ante el destino
Desesperado á su dolor se entrega?

MARTA.

Quien hondo cáliz de amargura apura
Y sin consuelo ni esperanza, muertas
Virtud y caridad halló en el mundo,
Y el humano saber sordo á sus quejas.

ANCIANO.

Para increpar así con torpe labio
Cuando la pobre humanidad respeta
¿Agotaste tal vez todos los medios
Que en sus dolores la desgracia cuenta?
Has llegado hasta el fin? cuando se acusa
Como acusabas tú, con tal vehemencia,
De haber hecho por tí cuanto es posible
Estar debes segura.

MARTA.

Y quién lo niega?
Los medios agotar... ¿No hace bastante
Una muger que de miseria enferma,
Sin pan, ni aún luz, en tormentosa noche.
Herido al ver de súbita violencia
Al esposo infeliz, su mal olvida,
El borrascoso temporal desprecia
Y la salud, la vida del esposo
Va loca á mendigar de puerta en puerta?
¿Una madre infeliz no hace bastante
Si al hijo de su amor muriente deja,
Para implorar por Dios una limosna
Y en lugar de piedad recibe afrentas?
Temeraria y ruin! desecha en llanto
A los que llaman hijos de la ciencia
Fuí á demandar consolador auxilio,
En nombre de mi afán y mi miseria;
En vano suplicaba de rodillas
Porque mis ruegos tristes atendieran....
Al volver, un giron de mi esperanza
Dejaba en el cancel de cada puerta.
Temeraria y ruin me habeis llamado,
Decís que de rencor mi alma está enferma:
Nunca habeis sido pobre, no me extraña

Que ignoreis lo que sabe la pobreza.
El génio y la virtud buscan honores,
Fotuna acaso conquistar desean,
Y las manos del pobre ni coronas
Tejen brillantes, ni tesoros dejan.
¿La ciencia defendeis? no sé si al cabo
Tanto saber los corazones cierra,
Y si apaga en las almas el instinto
Generoso del bien la humana ciencia;
Pero mis ruegos y mi llanto inútiles
Gritan á mi alma en vibracion secreta,
Que maldiga de apóstoles que cubren
Con ropage de luz alma tan negra.

ANCIANO.

Te hirieron mis palabras, hija mia?
Perdona si á lo injusto de tus quejas
Brotaron respondiendo; yo no quise
Que en medio á tu pesar más te affigieran;
No, yo comprendo tu dolor acerbo,
La innegable verdad de tu honda pena;
Las lágrimas que abrazan tu mejilla
Tambien mi corazon ardientes queman....

MARTA.

Gracias, señor, a'ivia mi desgracia
Vuestra dulce bondad y la consuela

ANCIANO.

Aún puede hacer por tí más todavía
La que llamas bondad si te aconseja.
Calma el crudo pesar en que te agitas,
E juga el llanto que tus ojos ciega;
Para aliviar tu afán conmigo pártelo,
Tú serás el amor, yo la prudencia.
De la ciencia tu esposo necesita
Para curar el mal que ahora le aqueja;
No la maldigas, pues, si no la hallastes
Era que la buscabas inexperta.
Descaminada fuistes, á pedirla
A los que todo su saber sustentan
En título vanal, que su ignorancia
Cual dorado antifaz encubre apenas.
Fuiste á buscarla en corazones ruines

Que con el llanto y el dolor comercian,
Almas tan pobres de talento y luces
Como ricas de orgullo y de soberbia.

Esos que tus lamentos escucharon
Y negaron su auxilio á tu miseria
Sabios no pueden ser, ni sacerdotes
De la más bienhechora de las ciencias:

Pero aún existen corazones rectos,
Almas en que la luz ríada serena,
Y al par con los fulgores de su genio
Y con obras de amor marcan su huella.
De la doliente humanidad al culto
Y al de las ciencias á la par se entregan
Y su reposo, y su salud, su vida
Llevan á sus altares en ofrenda.

Porqué desesperar?

MARTA.

Hondo consuelo

Siente mi corazón, cuando penetran
En él vuestras palabras, reanimada
Me siento al escucharos, de mi pena
Se mitiga el ardor, nueva esperanza
Enciende vuestra voz, bendita sea!...
Pero esos hombres que el saber consagra,
Que inflama la virtud, donde se encuentran?

ANCIANO.

Tu deber es buscar.....

MARTA.

Solas de nuevo

Voy, Señor, á dejar mis dulces prendas?....

No estaré aquí cuando mi niño lllore!

No estaré aquí cuando mi esposo muera!

Pero tendré valor.....

ANCIANO.

¡Noble criatura!

MARTA.

Decidme, si sabeis, en donde mora
El hombre que mi negra desventura
Aliviara con mano bienhechora?
Verdad que lo sabeis? decidme dónde

Para correr al punto... cuánto tarda!
No me escucha tal vez, no me responde,
Otra esperanza que se trunca.....

ESCENA III.

CARIDAD.

(*entrando también por la derecha.*)

Aguarda

Para guiarte sin error medita,
Más yo vengo á calmar tu justo anhelo
Me trajo aquí la caridad bendita,
Yo daré á tu dolor pronto consuelo.

ANCIANO,

—Estais aquí?

CARIDAD.

(*al anciano*)

—Doliente á mis oídos

Llegó su queja de dolor insana,
Traspararon mi pecho sus gemidos
Y en auxilio corrí.

ANCIANO.

Gracias hermana.

CARIDAD.

(*á Marta.*)

Yo te vengo á ofrecer lo que pedía
Tu ansioso afán, lo que tu amor anhela:
Salud para tu esposo en agonía,
Calma para el pesar que te desvela.

No muy lejos de aquí, pobre señora,
En calle estrecha, silenciosa, oscura,
Hay una casa humilde: en ella mora
El que debe aliviar tu desventura.

Es un severo anciano, venerable,
Escuchará tus ruegos con cariño,
Que es en su noble magestad afable,
Como es afable el inocente niño.

Vé, su valiosa protección implora
Marcha, sin vacilar llama á su puerta,
Para todo el que sufre y el que llora

Su ardiente caridad la tiene abierta.

MARTA.

—Gracias, voy pues, ayúdame, Dios mio

ANCIANO.

—El hará que tu bien pronto recobres

MARTA.

—¿Por quién preguntaré si me ex raviero?

ANCIANO.

—Pregunta por el Padre de los pobres.

(sale Marta por la der. ch.)

CARIDAD.

Vé, descuidada y sin temor, en tanto

Que auxilio le procuras, sin reposo

Junto a su techo humilde de quebranto

Yo por tí cuidaré del triste esposo:

Tranquilo vaya el maternal cariño;

Si su sueño al dejar no puede verte

No queda solo tu inocente niño,

Mi amor le arrullará cuando despierte.

(véase por la izquierda.)

ESCENA IV.

ANCIANO.

Sea bendita señor tu providencia

Que cuida así del infortunio humano,

Que hace brotar en soledad tan triste,

Dulce consuelo y bienhechor amparo.

Tú solo, del que sufre y del que llora

Mitigas el pesar, calmas el llanto,

Tú solo en sus mortales agonías

Alivias al mendigo abandonado.

Que á la dulce bondad de tu mirada,

Que al soplo suave de tu aliento santo,

Huyan de aquí la pena y los dolores

La negra soledad y el desamparo.

CARIDAD.

(entrando)

Ya vuelven y en tinieblas sumergida

La estancia encontraron, no habia cuidado

De buscar una luz, dadme la vuestra.

ANCIANO.

Tomad.

CARIDAD.

Ya están ahí, gracias hermano.

(véase: se ven atravesar el fondo á la luz de un relámpago Marta y la silueta de Gonzalitos)

ESCENA V.

ANCIANO.

El espíritu en vano se desvela,

Se abisma el pensamiento fatigado

Y no traspasa el límite sombrío

Do comienzan del orbe los arcanos.

¿Porqué nace á la vida la criatura

A tanto mal expuesta á tanto daño,

Si en medio á su desgracia se le niegan

Los medios y el vigor para evitarlos?

Inexorable, ciega, la fortuna

Distribuye al azar, ora cuidados

Ora veneno y hiel, ora favores,

Sin mirar indolente á quien tocaron.....

Ay! de la humanidad si no existieran,

Al culto de ella misma consagrados,

Hombres que si no matan sus dolores

Consumen su vigor en aliviarlos.

Ay! de la humanidad si el egoismo,

Gangrena vil del corazon humano,

Dejara sin auxilio, indiferente;

Infortunios como este, solitarios.

La caridad, la ciencia, menos fuertes

Que el destino, no pueden dominarlo;

Mas ¡cuantas, cuántas veces á la víctima

De su implacable saña arrebataron!....

Triunfarán esta vez?

ESCENA VI.

CARIDAD.

—Por un instante

Es, señor, vuestro auxilio necesario;

Les falta un brazo fuerte, yo no puedo,

Id, en nombre de Dios, id á ayudarlos.

Con cuanto afan el desenlace espero

De este drama de muerte; Virgen Santa!

Escucho su gemido lastimero

Y el pecho estalla, desahogarle quiero

Y se hiela el suspiro en mi garganta.

el anciano penetra en la habitación.



¡Qué bárbaro penar, cuanto padece,
Su mirada sin luz en torno gira;
Lucha por respirar, y su ansia crece,
Se erizan sus cabellos, y parece
Que su vida se vá cuando respira!

Quizá del ser en el postrer momento
Sintiendo que se acaba, que se muere,
Pregunta al porvenir su pensamiento,
Y del hijo y la esposa sin sustento
El cuadro horrible su cerebro hiere.....

¡Del hombre que á la muerte le reclama,
Santo Dios de bondad, la mano guía,
De tu esencia purísima en la llama
Su espíritu mortal toca é inflama,
Y trueca en esperanza esta agonía.

Piedad! en nombre de la triste esposa
Que moriria tambien, benigno atiende
Mi súplica doliente y fervorosa;
En nombre de ese niño que solloza
Y aún no lo inmenso de su mal comprende!....

Al fin?

(al anciano que entra)

ESCENA VII.

ANCIANO.

En salvo está.

CARIDAD.

Dios sea bendito.

ANCIANO.

Sin esperar ni aun gratitud se aleja,
Haló de muerte desgarrante grito
Y una sonrisa de esperanza deja.

Luchó para vencer, su noble frente
Espesa capa de sudor cubria,
Y fija, inmóvil, su pupila ardiente
Algo impalpable con afan seguia.

Después, en su semblante trasformado,
Que nunca apartaré de la memoria,
Irradió una sonrisa; habia alcanzado
Su talento inmortal nueva victoria.

Loca de gratitud, en este instante
La infelice mujer que le acompaña
Sus nobles manos besa delirante

Y en dulce llanto de placer las baña.

El, con bondad celeste la sonríe,
Próximo fin á su pesar augura,
Y en su lagado corazon desríe
Con palabras de amor, paz y ventura.

CARIDAD.

¡Cuánto más noble y grande, cual más bello
El espíritu hum no se concibe,
Si de la ciencia el vívido destello
Y el de la caridad al par recibe!

Que profunda emocion, que dicha inmensa
Del sábio llenará la dulce calma,
Si, de su bien obrar en recompensa,
Deshecha en llanto se le ofrece una alma.

ANCIANO.

Vuelve, mirada de regocijo llena
Su triste desamparo dá al olvido,
Víctima infortunada de honda pena
Que la virtud de un hombre ha redimido

ESCENA VIII.

MARTA.

Perdon si os o'vidé, tanto sufría:
Y al mirarle con vida gozo tanto!
No se cierta á contener el alma mia
El raudal infinito de mi llanto!
Quisiera agradecer vuestra ternura
Y me falta la voz, y no me atrevo....
Soy tan pequeña y pobre, y tan oscura;
Y es de valor tan grande lo que os debo!

CARIDAD.

Calla, nuestro cariño más no quiere
Que el tuyo compartir ¿no eres hermana?

ANCIANO.

Si la desgracia como á tí nos hiere
Lo que hicimos por tí no harás mañana?

CARIDAD.

Tranquila quedarás? ¿estás contenta
Del hombre que te ha vuelto tu reposo?
Has hallado esta vez burla y afrenta?
No ha bastado tu llanto doloroso?

MARTA.

Trémula de cansancio y de fatiga,

Entre la duda y la esperanza incierta,
Confiando solo en vos, que Dios bendiga,
Con doloroso afán llamé á su puerta
Un instante despues, el noble anciano,
Sin preguntarme adonde, me seguia....
En las tinieblas me tendió la mano,
Conduc me, diciendo.... no veía....

CARIDAD.

A sus ojos la luz robó el destino
Sin detenerle en su triunfal carrera:

ANCIANO.

(Matar, para atajarle en su camino,
La luz de su alma necesario fuera.)

MARTA.

No conocia los hombres, siempre ruda
Fué conmigo la suerte y despiadada,
Cuando he pedido cariñosa ayuda
Solo encontraba mezquindad sañuda.
Porque la iba á buscar descaminada.

Hoy, que vuestros consejos me guiaron,
Prudente hallé lo que buscara loca
Y siento que mis labios blasfemaron
Al maldecir....

ANCIANO.

Tus lágrimas borraron
El crimen inconsciente de tu boca.

MARTA.

Si, pero, como yo, cuantos sufrieron
Sin aliviar su gangrenosa llaga,
Y como yo del hombre maldijeron
De la virtud y del saber, y fueron
Ingratos como yo....

ANCIANO.

Nunca se paga
El servicio menor que se recibe
Con oro que al saber causa desprecio:
Mas si del bienhechor el nombre vive
Dentro del corazón, si allí se escribe,
La deuda se saldó, tal es su precio.

Y no es ingrato el hombre, si un momento
De insondable dolor roba su calma
Y trueca en maldiciones su lamento;
Torna pronto á lo justo el pensamiento

Y en noble gratitud baña su alma:

Y en respeto, en cariño, en amor santo
Pasada la acritud de sus dolores,
Al que alivió afanoso su quebranto,
Al que de su resar el negro llanto
Vino á enjugar, devuelve sus favores.

Si el corazón entero, que palmita
Tan solo para el bien en noble pecho,
Nada por sus afanes sollicita,
Ni premios, ni laureles necesita
Y queda por si mismo satisfecho;

El huérfano infeliz padre le llama,
Hermano el pobre con amor le dice,
Por su saber la multitud le aclama,
Por su bondad inagotable le ama,
Y con el alma toda le bendice....

CARIDAD.

Y mas allá en la tumba, cuando deja
La cárcel que en el mundo le aprisiona,
Y de la triste humanidad se aleja:
Cuando otra luz sobre su faz refleja
Y circuye su frente áurea corona;
Cuando en tranquila eternidad descansa,
Dos existencias llena con su gloria:
Allí, en la realidad de su esperanza
Y en el recuerdo aquí, porque no alcanza
A disipar el tiempo su memoria.

En su torno se agrupan á porfía
Los que le aman aquí con dulce anhelo;
Y con divina, plácida alegría,
De mil sonoras harpas la armonía
Celebra su apoteosis en el cielo,

El sabio que hoy tu gratitud bendice
Es del poder de la virtud ejemplo:
"Padre" su pueblo con amor le dice;
Y para que su nombre immortalice,
Le prepa a su afán glorioso templo....

(Se oyen los preludios de la orquesta)

Escuchas? rumoroso se levanta
De celeste cantar eco bendito....
Es la música suave con que canta
A su virtud inagotable, santa,
La misteriosa voz del infinito.

No ves? se inflaman en el limpio cielo
Auroras ántes al brillar inciertas?
En justo premio á su ardoroso anhelo
Corre la Fama de su gloria el velo,
Y la inmortalidad le abre sus puertas.

(Concluida esta estrofa se alza el telon de fondo y aparece entre nubes el retrato del Dr. Gonzalez, al pie estará formado el coro que entonará el himno siguiente.)

HIMNO A LA CIENCIA Y A LA CARIDAD.

CORO:

Salve ¡oh Ciencia! dest-illo sublime
Que brotara de luz divinal
Salve, sa ve cristiana, celeste
Redentora virtud, ¡Caridad!

Voz 1.ª

Es la Ciencia, la estrella que el hombre
Seguir debe si anhela encontrar
El oculto, maguifico templo
Donde habita la Diosa-verdad.
Es la Ciencia lumínica antorcha,
Cuya fúlgida luz perenal,
De la senda que lleva á la gloria
Muestra al hombre la huella inmortal.

CORO.

Salve ¡oh Ciencia! &. &. &.

Voz 2.ª

A los séres que negro infortunio
Aniquila, tras lucha tenaz,
Ya perdida la vaga esperanza,
De llegar en el mundo á gozar.

A los séres que cruzan llorando
De la vida el desierto arenal,
Tú tan solo consuelo les brindas
Encantada, gentil Caridad!

CORO.

Salve ¡oh! Ciencia &. &. &.

ALOCUCION

DEL DR.

JOSE ELEUTERIO GONZALEZ.

ALOCUCION DEL DR. JOSÉ ELEUTERIO GONZALEZ LEIDA AL FIN DE LA VELADA ARTÍSTICO-LITERARIA, QUE EN HONRA SUYA FUÉ CELEBRADA EN EL TEATRO DEL PROGRESO DE LA CIUDAD DE MONTEREY, LA NOCHE DEL DÍA 19 DE ENERO DE 1884.

*Sine auticitia vitam esse nullam.
Sin la amistad la vida es nula.
CIC. DE AMIC. 86.*

En esta esplendorosa funcion, señores, que viene á ser, sin duda, la corona de la muy larga série de felicitaciones, muestras de afecto, obsequios de todo género, y demostraciones de alegría llevados hasta el último extremo, con que los habitantes del magnánimo Estado de Nuevo Leon se han esforzado en probar el grande aprecio que hacen de mi humilde persona, por los pequeños servicios que durante medio siglo he podido prestarles; á mi solamente me corresponde tomar la palabra para manifestar lo mucho que agradezco tan altas pruebas de estimacion, y lo muy satisfecho que ellas han dejado mi espíritu, por las grandes é insólitas emociones que le han causado. Más, aunque hacer esta manifestacion sea para mí un deber sagrado é imprescindible, no me será fácil cumplirlo, porque me faltan palabras para expresar mi gratitud: y me faltan tambien para pintar las sensaciones que en esta ocasion he percibido. Empeñaré, sin embargo, hacerlo, aunque estoy cierto de que lo haré de una manera bien imperfecta.

No ves? se inflaman en el limpio cielo
Auroras ántes al brillar inciertas?
En justo premio á su ardoroso anhelo
Corre la Fama de su gloria el velo,
Y la inmortalidad le abre sus puertas.

(Concluida esta estrofa se alza el telon de fondo y aparece entre nubes el retrato del Dr. Gonzalez, al pie estará formado el coro que entonará el himno siguiente:)

HIMNO A LA CIENCIA Y A LA CARIDAD.

CORO:

Salve ¡oh Ciencia! dest-illo sublime
Que brotara de luz divinal
Salve, sa ve cristiana, celeste
Redentora virtud, ¡Caridad!

Voz 1.^a

Es la Ciencia, la estrella que el hombre
Seguir debe si anhela encontrar
El oculto, maguifico templo
Donde habita la Diosa-verdad.
Es la Ciencia lumínica antorcha,
Cuya fúlgida luz perenal,
De la senda que lleva á la gloria
Muestra al hombre la huella inmortal.

CORO.

Salve ¡oh Ciencia! &. &. &.

Voz 2.^a

A los séres que negro infortunio
Aniquila, tras lucha tenaz,
Ya perdida la vaga esperanza,
De llegar en el mundo á gozar.

A los séres que cruzan llorando
De la vida el desierto arenal,
Tú tan solo consuelo les brindas
Encantada, gentil Caridad!

CORO.

Salve ¡oh! Ciencia &. &. &.

ALOCUCION

DEL DR.

JOSE ELEUTERIO GONZALEZ.

ALOCUCION DEL DR. JOSÉ ELEUTERIO GONZALEZ LEIDA AL FIN DE LA VELADA ARTÍSTICO-LITERARIA, QUE EN HONRA SUYA FUE CELEBRADA EN EL TEATRO DEL PROGRESO DE LA CIUDAD DE MONTEREY, LA NOCHE DEL DIA 19 DE ENERO DE 1884.

*Sine auticitia vitam esse nullam.
Sin la amistad la vida es nula.
CIC. DE AMIC. 86.*

En esta esplendorosa funcion, señores, que viene á ser, sin duda, la corona de la muy larga série de felicitaciones, muestras de afecto, obsequios de todo género, y demostraciones de alegría llevados hasta el último extremo, con que los habitantes del magnánimo Estado de Nuevo Leon se han esforzado en probar el grande aprecio que hacen de mi humilde persona, por los pequeños servicios que durante medio siglo he podido prestarles; á mi solamente me corresponde tomar la palabra para manifestar lo mucho que agradezco tan altas pruebas de estimacion, y lo muy satisfecho que ellas han dejado mi espíritu, por las grandes é insólitas emociones que le han causado. Más, aunque hacer esta manifestacion sea para mí un deber sagrado é imprescindible, no me será fácil cumplirlo, porque me faltan palabras para expresar mi gratitud: y me faltan tambien para pintar las sensaciones que en esta ocasion he percibido. Empezaré, sin embargo, hacerlo, aunque estoy cierto de que lo haré de una manera bien imperfecta.

No estrañéis que yo ne pueda decir con precision que cosa es agradecer, pues ni los más célebres lexicógrafos han podido hacerlo. Yo, despues de pensarlo mucho, me he fijado en que, agradecer es reconocer y confesar un favor recibido, queriend y procurando siempre pagirlo de la mejor manera posible. Por tanto, yo reconozco y confieso que de los morados de Nuevo-Leon, nacionales y extranjeros, he recibido desde que estoy entre ellos, y mucho más en estos últimos dias, multiplicados y grandes favores, los cuales deseo con toda mi alma retribuir, y procuraré hacerlo por cuantos caminos pueda.

Más aunque á todos mis amigos tengo mucho que agradecer, aunque á todos, sin distinción, estoy dispuesto á servir de la misma manera, y aunque yo no quiero hacer diferencia alguna entre ellos; sin embargo, la justicia exige que yo, en esta vez, dé un público testimonio de mi gratitud á los que me han hecho los mayores y más distinguidos servicios, pues ya que no puedo pagárselos, á lo ménos confesaré lo que les debo. ¿Qué retribucion será bastante á pagar los servicios que he recibido de mi querido discípulo el Dr. Juan de Dios Treviño, el cual en Monterey, en México y en Nueva York me ha servido con tal esmero y fineza como lo habría hecho el hijo más amante y tierno? ¿Con qué podré pagar á mi antiguo y caro amigo Don Valentín Rivero, que no contento con prodigarme infinitas pruebas de cariño y con darme grandes y eficaces recomendaciones, para cuantas partes las necesité, me dió su mismo hijo para que me acompañara y me sirviera de intérprete? ¿cuánta gratitud no merecen aquellos de mis amigos, que en número como de doscientos fueron hasta Laredo, solamente por verme? ¿Quién podrá pagar á los niños de las escuelas, la buena voluntad con que en todas partes salían á felicitarme? ¿Quién no agradecerá á los pueblos, desde Lampazos hasta Monterey, que corrian en masa á darme la bien venida? ¿Quién soy yo para que los Ayuntamientos mandaran sus comisionados á ofrecerme sus consideraciones? ¿Quién no se enterneció al ver, en Salinas Victoria, aquella larga fila de niñas hermosísimas, vestidas de blanco y adornadas con banderas tricolores, salirme al encuentro cantando, con la música del himno nacional, unos versos compuestos por mí hace más de veinte años? ¿Cómo podré olvidar jamás los obsequios que recibí en Bustamante de los señores de aquel lugar, siendo uno de ellos su venerable Párroco, que es de mis queridos discípulos? ¿Con qué recompensar podré á los señores empleados de los ferrocarriles Nacional Mexicano y Urbano de Monterey, que, como veremos, hicieron algo más que felicitarme? ¿Cuánto no debo á los Profesores de la Escuela de

Medicina y á mis discípulos, que durante mi ausencia no cesaron de hacer votos por mi salud, que celebraron la noticia de ella con una funcion solemne en accion de gracias, y que no han cesado de darme muestras de adhesion? ¿Cómo será posible que pueda yo echar en olvido la suma bondad del Soberano Congreso del Estado, que para honrarme y perpetuar mi nombre, mandó que á la nueva Villa erigida en la antigua Hacienda de Ramos se llamara "Dr. Gonzalez?" ¿Qué corazon podrá dignamente agradecer la generosidad de la Compañía Gonzalez Anso, que dió en mi obsequio una magnífica funcion teatral y destinó la mitad de sus productos para la obra de beneficencia que yo quisiese? ¿Qué obligaciones tan estrechas de gratitud no me ligan á la Junta Popular, cuya presidencia se dignó admitir el ciudadano Gobernador, la cual se ocupó desde luego en dar todas las órdenes convenientes para que se me recibiera con honras que ni merezco, ni he merecido jamás, que mandó una felicitacion y un voto de gracias, á nombre del pueblo de Monterey, al insigne Dr. Knapp por el éxito feliz de la operacion que me rest tuyó la vista; y que promovió y ha llevado á cabo, solamente por honrarme, esta funcion tan lucida como agradable? ¿El que tales muestras de consideracion y aprecio ha recibido, como podrá olvidarlas nunca, ni dejar de agradecerlas con toda el alma? Y en vista de todo lo expuesto, qué podré yo hacer para retribuir á mis amigos los nuevoleonenses tantos favores como de ellos he recibido: para retribuirles, digo, no debidamente, sino de alguna manera y en una pequeña parte? Ciertamente que ya muy poco ó nada podré yo hacer para pagar tan inmensa deuda; pero una gratitud eterna para mis amigos abriga mi corazon; y esto es lo único que puedo ofrecerles, porque la vejez y los achaques que le son inseparables me han de permitir que haga tan poco, que será lo mismo que nada.

Bien ó mal he salido de la primera parte de mi tarea; pero al emprender la segunda, me hallo con que absolutamente me faltan las palabras, porque tratándose de sensaciones es preciso haberlas experimentado para saber como son. Así es que para dar una idea de lo que he sentido, no me queda más recurso, que hacer una simple relacion de lo que me ha pasado; para que cada uno se lo imagine. ®

Siempre que mis conciudadanos, mis amigos ó mis discípulos me daban alguna muestra de aprecio, sobre todo si era pública, sentia yo una emocion de espíritu difícil de explicar, pero que me producian un alborozo muy grande. A fuerza de repetirse estas emociones, en mí llegaron á ordinariarse y ya no me alborozaban,

sino que infundina en mi alma la persuasión de que las gentes que me conocian, me apreciaban mucho mas de lo que yo podía merecer, por lo que me consideraba cada día más obligado á corresponder tanto favor. Así vivia tranquilo y satisfecho dando gracias á la Providencia porque me habia puesto en medio de un pueblo tan benévolo, porque me habia dado muchos y buenos amigos: y porque me habia dado también, cosa muy rara, muchos, buenos y agradecidos discípulos. Yo sabia, pues, como ya lo he dicho, que los moradores de Nuevo-Leon me estimaban; pero ni suponía, ni me imaginaba que fuera tanto como los últimos sucesos me lo han venido á demostrar.

Afectado, por los progresos de la edad, de cataratas, este accidente me tuvo enteramente ciego más de un año, cosa que si me mortificaba porque me impedía ocuparme de la práctica de la medicina y de la enseñanza, que habian sido mis ocupaciones ordinarias, más me afligia porque mis amigos todos se afligian conmigo, y consideraban mi ceguera como una calamidad pública. Aún en este estado tan triste, el cariño de mis conciudadanos me proporcionaba algunos momentos de satisfacción: mis discípulos me acompañaban con frecuencia, me leían cuanto quería, me llevaban á visitar sus enfermos y á donde quiera que ellos creían que me sería grato ir. Si salía solo, el primero que me encontraba me daba el brazo para acompañarme; y esto lo hacían no solo mis discípulos, sino cualquier ciudadano, ¡cuántas veces pasando por la puerta de un artesano, éste dejaba la obra que estaba haciendo, corría á darme su auxilio y me acompañaba hasta donde yo quería! ¡Cuántas veces yendo solo por una calle venía corriendo un niño á ofrecerme su tierna mano para guiarme hasta mi casa! Estas cosas que para otros serian insignificantes, para mí eran muy satisfactorias.

La bien merecida fama del Doctor Knapp me hizo emprender un viaje á Nueva York en busca de la luz que faltaba á mis ojos. En esta larga peregrinacion me acompañaron mi discípulo el Dr. Juan de Dios Treviño y el jovencito Juan Rivero, los cuales me asistieron con un afecto y un esmero verdaderamente filiales. En los Estados-Unidos pasaban por mis hijos, lo cual era para mí una nueva satisfacción.

Llegado á Nueva York y puesto en presencia del célebre Oculista, este puso su mano sobre mí, abrió mi ojo, y, en un momento indivisible, me encontré con que habia salvado el insondable abismo que separa las tinieblas de la luz. Mi dicha era completa, y en aquel instante pensé que el gozo que inundaba mi alma, la emoción que tenia, y el sentimiento de gratitud que abrigaba mi

corazon, habian llegado al último punto de que son capaces en este mundo. ¡Ah! yo ignoraba que á la derecha del Bravo me esperaban sensaciones y afectos mucho mayores y más difíciles de expresar.

Venia yo de Nueva York contento y tranquilo en union de mis fieles compañeros, bendiciendo á Dios y á la ciencia y habilidad del Dr. Knapp que en mi vejez me habian devuelto con el uso de la vista, la alegría de la juventud, cuando hé aquí que al atravesar las aguas del Bravo oí repentinamente las sonoras y agradables notas del himno nacional mexicano, y levantando la cara ví la ribera derecha del rio poblada de algunos centenares de personas cuyos rostros eran para mí bien conocidos. Todos, incluso los músicos, eran amigos míos, que abandonando sus hogares se habian lanzado á ochenta leguas de distancia para ir á encontrarme en aquel punto. Yo no sé lo que sentí en aquel momento, mi primer impulso fué postrarme en tierra y besar el suelo santo de la Pátria, pero estaba apoyado en los brazos de mis compañeros de viaje y no pude hacerlo. Entónces marché como empujado por un impulso superior, y me encontré rodeado de mis amigos, que con las más vivas demostraciones de alegría me felicitaban y se congratulaban conmigo. Un apreciable amigo mio, con voz conmovida y trémula, me dirigió, á nombre del Colegio de Abogados, una sentida y elegantísima alocucion, que yo por el desorden que reinaba en mi alma, apenas pude comprender. De allí, en medio de aquella multitud frenética de alegría fui llevado á la inmediata Villa de Nuevo Laredo, en donde fui objeto de todo género de atenciones. Allí me felicitó una comision de los Obreros de aquel a Villa, allí los Sres. Palacio me ofrecieron su casa por alojamiento, sirviéndonos un espléndido almuerzo, allí pasaron á felicitarme hasta once comisiones mandadas, una por el R. Ayuntamiento de Monterey, otras por las escuelas superiores del Estado, y otras por diferentes corporaciones; y allí los señores empleados del ferrocarril nacional mexicano, me cumplieron tambien y pusieron á mi disposición un tren expreso para que trajera á mis amigos. Al siguiente dia en las poblaciones de Lampazos, Bustamante, Villaldama, Salinas y San Nicolás de los Garzas, se repitieron las mismas escenas que en Laredo, con la muy tierna y grata diferencia de que los principales felicitantes eran los niños y niñas de las escuelas, que llenos de entusiasmo me saludaban tremolando sus banderas, dando gritos de alegría y aplaudiendo con sus manecillas.

Llegamos, por fin, á Monterey, la multitud que ocupaba la estacion era inmensa; no me acuerdo haber visto otra reunion tan nu-

merosa. Los señores de la Compañía del ferrocarril urbano pusieron á mi disposición sus wagones para que viniera yo y trajera á los que me acompañaban. La muchedumbre que llenaba las calles desde la Estación hasta la Catedral era numerosísima, los niños de las escuelas públicas y privadas, á manera de soldados, formaban una valla vistosísima que era sin duda el mejor adorno de esta fiesta. Entré en la Catedral, que estaba enteramente llena de gente, y se me recibió con un solemnisimo "Te Deum", que es la oración clásica con que los católicos dan gracias á Dios por los beneficios que reciben. En esa memorable noche y en todo el día siguiente recibí las felicitaciones de las autoridades, de mis amigos, de las corporaciones, de los presos de la cárcel, y de las comisiones de niños de todas las escuelas que vinieron á poner en mis manos los estandartes que les habían servido el día anterior para sus formaciones, cuyas prendas conservaré como un recuerdo gratísimo de esta función, que ha sido para mí la más solemne y agradable de mi vida.

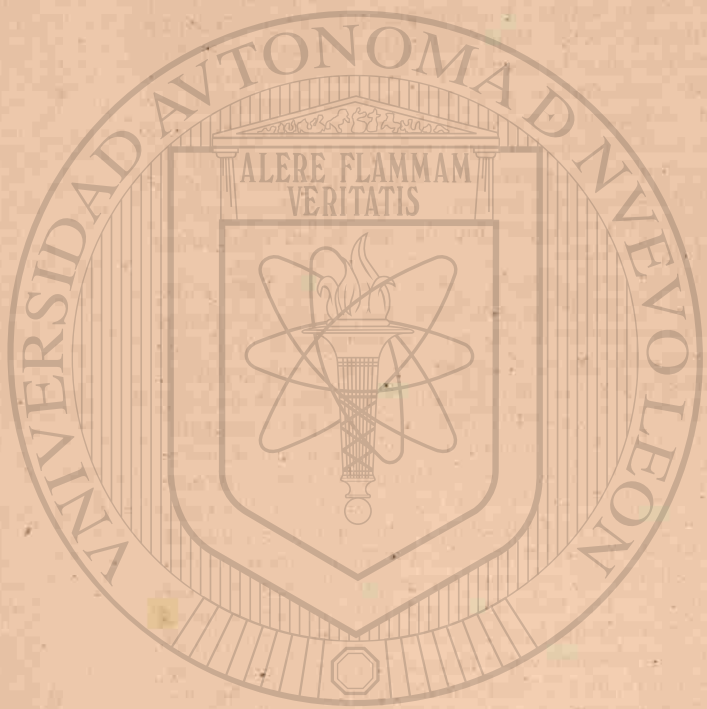
Y en esos tres días, que forman la época más señalada y memorable de mi larga existencia. ¿Qué sentí? ¿Qué pensé? Yo creo que cualquiera puedo imaginarlo; pero que yo no puedo decirlo. Un verdadero tumulto de ideas y de sensaciones, que no me dejaba ordenar mis pensamientos ni darme cuenta de lo que me pasaba, una emoción continua, un alborozo incesante, eso era todo: si estaba despierto era un tronco que nada discurría, y si llegaba á dormir era para ver turbas inmensas de gente y encontrarme rodeado de millares de niños, los unos agitando en el aire sus estandartes tricolores, y los otros palmoteando con entusiasmo.

Pasadas las primeras impresiones y restablecida en mi espíritu la calma, procuré decir lo que había pasado, y no pude: en mi memoria busqué alguna cosa con que comparar lo que había sentido, y nada pude hallar. Entonces me acordé que el Rey Profeta cuando quiso pintar los sentimientos de su corazón solamente dijo, que lo habían cercado dolores de muerte, que sus huesos habían sido conturbados, que su alma había sido derramada como el agua, y otras expresiones de este género, las sensaciones son, por su misma naturaleza, indescriptibles.

Fuí despues á la Villa de Santiago, llevado por uno de mis mejores amigos, y allí fuí saludado con las mismas muestras de júbilo y las mismas consideraciones que en los pueblos del Norte. De las demás Villas del Estado he recibido cordiales felicitaciones, las he recibido tambien de algunos discípulos y de amigos residentes en lugares lejanos, ya dentro de nuestra República y

ya fuera de ella; y áun aquí mismo, en esta hora se celebra en mi obsequio esta lucidísima fiesta. Y todo esto ¿qué significa? ¿á qué se dirige? ¿para qué se hace? Para felicitar, porque recobró la vista, á un pobre viejo, que ha servido poco, y en lo sucesivo servirá ménos. ¡Ah! Mis amigos que son todos los moradores de Nuevo-León, en sus manifestaciones de afecto, á fuer de agradecidos, van mucho más allá de lo que podía y debía esperarse de ellos. Como quiera que sea, yo en esta vez he llegado á conocer la grande estimación en que me tienen, y no puedo ménos que exclamar: ¡Oh dios a ceguera que me has hecho ver semejantes demostraciones de aprecio!

Finalmente echando una mirada sobre cuanto me ha pasado, desde que comencé á cegar hasta este momento, puedo decir: que siempre he recibido muestras de simpatía y estimación: que hice largos viajes acompañado y servido no por gentes mercenarias, sino por amigos muy fieles que me prodigarón cuidados muy exquisitos: que desde México hasta Nueva York en mis compromisos solo hallé verdaderos hermanos, que con el mayor desinterés y benevolencia pusieron á mi servicio su ciencia y su destreza: que en todas partes gozé de todas las comodidades de la vida, gracias á las recomendaciones y órdenes de mis amigos: y que al volver con el uso de mi vista se me han prodigado todo género de manifestaciones de cariño, y se me ha proporcionado toda especie de satisfacciones. De todo esto naturalmente se deduce: que la felicidad y bienestar del hombre, no estriba ni en las riquezas ni en los honores, sino en tener muchos y buenos amigos; y que, por el contrario, el egoísta, que encerrado en sí mismo, sin relaciones amistosas con nadie, carga con el desprecio de cuantos le conocen, indefectiblemente debe pasar una existencia inútil é infelicitísima. Por eso dijo, con tanta razón como verdad, el grande orador romano: "*Nula es la vida si le falta la amistad.*"



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

IV.

CONCLUSION.

No se limitaron á lo descrito las demostraciones hechas á Gonzalitos con motivo de su feliz curacion y de su regreso á Monterey; sino que durante los dias que sucedieron al de su llegada, estuvo recibiendo mil otras tan sinceras y significativas, si bien no colectivamente formuladas como aquellas.

Innumerables cartas gratulatorias por distinguidas personas suscritas, y multitud de telégramas, vinieron en esos dias á patentizar al Sr. Dr. que fuera de Monterey y del Estado, y aún en tierra extranjera, contaba con buenos amigos que seguian con interés los accidentes de su viaje, y que se apresuraban á felicitarlo por su regreso.

Todos los periódicos de Nuevo-León y muchos otros, ya nacionales, ya extranjeros, publicaron artículos encomiásticos, datos biográficos, tan justos como honoríficos, ó sentidas felicitaciones con motivo de las fiestas organizadas en honor de nuestro modesto sabio.

Finalmente, al disponer en favor de los desgraciados, de las sumas colectadas con tal fin, pudo el filántropo Dr. persuadirse una vez más, de que su corazón era perfectamente comprendido; ya que se le ofrecía como presente de bienvenida, la ocasión de ofrecer el bien como el mayor de los placeres en que siempre se ha gozado su alma generosa.

Sentimos no dar lugar en estas páginas á las piezas de que al principio hacemos referencia, así como á la música de los Sres. Melo, Llano y Francesconi, que quisiéramos se conservara con todo lo relativo á la fiesta; pero dificultades insuperables nos han privado de esa satisfacción.

Hemos concluido: ¡Quiera el cielo sirvan estas páginas de ejemplo, y lo que de la presente generación ha merecido Gonzalitos, lo merezca y lo obtenga otro génio semejante á él, de la generación que hoy comienza, de la de nuestros hijos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

La Comisión.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECAS

